

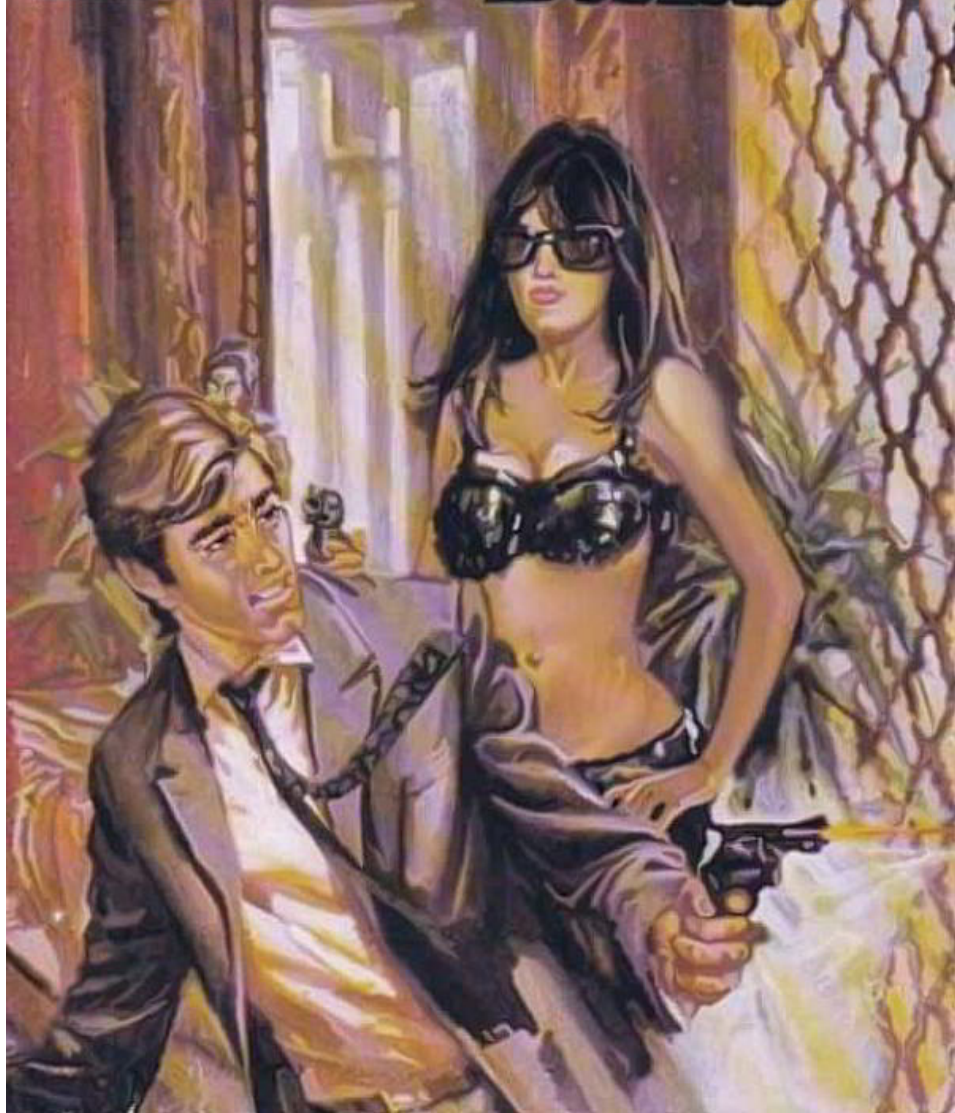
BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

ESPIA POR
AFICION

*Joseph
Berná*



El grito resonó en la pequeña habitación, deleitando los oídos de Otto y Udo, los dos gorilas que me estaban «trabajando» por orden de Hertha, su jefa, una mujer tan hermosa como cruel, que lo mismo depositaba un dulce y cálido beso en tus labios, que te soltaba un rodillazo entre los muslos y te machacaba los genitales.

Lo sé por experiencia, amigos.

Mis labios todavía recordaban el delicioso sabor de los de ella. Y, mis genitales, la dureza de su rodilla.



Joseph Berna

Espía por afición

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1670

ePub r1.1

Lds 22.02.19

Título original: *Espía por afición*

Joseph Berna, 1982

Cubierta: García

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

El grito resonó en la pequeña habitación, deleitando los oídos de Otto y Udo, los dos gorilas que me estaban «trabajando» por orden de Hertha, su jefa, una mujer tan hermosa como cruel, que lo mismo depositaba un dulce y cálido beso en tus labios, que te soltaba un rodillazo entre los muslos y te machacaba los genitales.

Lo sé por experiencia, amigos.

Mis labios todavía recordaban el delicioso sabor de los de ella. Y, mis genitales, la dureza de su rodilla.

Ambas cosas sucedieron poco después de que sus matones me hubieran atrapado de la manera más tonta. Otto y Udo cayeron sobre mí por sorpresa, cuando intentaba colarme sigilosamente en la casa, y me atizaron duro en la cabeza con sus cachiporras, dejándome sin sentido.

Cuando recobré el conocimiento, tenía las manos fuertemente atadas a la espalda y yacía de bruces en un sofá.

La cautivadora Hertha se hallaba frente a mí, sentada en un sillón, con las piernas cruzadas, fumando tranquilamente un cigarrillo en una larga y elegante boquilla.

La abertura frontal de su precioso vestido de noche, muy brillante, le permitía exhibir sus largos y torneados muslos.

Mis ojos se clavaron allí, naturalmente. En las fascinantes piernas de Hertha.

Si sería descarada la exhibición, que hasta pude descubrir que la turbadora Hertha lucía unas braguitas negras, de encaje, con puntilla roja, tremendamente sugestivas.

Hertha adivinó qué su exhibición de remos me estaba calentando la sangre y levantó un poco más la pierna que tenía montada sobre la otra, para que la panorámica fuera aún más

excitante.

Y, efectivamente, lo fue.

Ahora podía verle hasta el ombligo.

Hertha, que poseía una preciosa cabellera rubia, frondosa y centelleante, me sonrió sensualmente y me saludó:

—Hola, Robert.

—¿Qué tal? —respondí, sin mover un solo músculo de mi cuerpo.

—¿Es ése tu verdadero nombre? ¿Robert Dale...?

—Claro. Aunque los amigos me llaman Bob.

—No me lo creo.

—¿Que los amigos me llaman Bob...?

—Que tu nombre sea Robert Dale.

—¿Por qué iba a mentirle?

—Los espías suelen usar nombres falsos.

—Yo no soy un espía.

—¿No...?

—Le doy mi palabra.

La exuberante Hertha se echó a reír burlonamente.

—¿Estáis oyendo eso, muchachos...?

Otto y Udo, que flanqueaban el sofá en el que yo me hallaba echado de bruces, rieron también.

—Nosotros le haremos cantar, Hertha —dijo el primero.

—Sí, en cuanto empecemos a «trabajarle», nos dirá quién es realmente, para quién trabaja, y qué vino a buscar aquí —añadió el otro matón.

Yo insistí:

—Me llamo Robert Dale, no trabajo para nadie, y no vine a buscar nada. La verdad es que me confundí de casa.

—Conque te confundiste, ¿eh? —sonrió irónicamente Hertha.

—Sí, me equivoqué de casa, ya lo he dicho. Hertha miró a sus gorilas e indicó:

—Ponedlo en pie.

Otto y Udo me cogieron de los brazos y me levantaron con brusquedad. Hertha se levantó del sillón y se acercó a mí.

Se acercó mucho.

Tanto, que su poderoso busto, que asomaba tentador por el amplio escote del vestido, tomó contacto con mi pecho.

Entonces, alzó sus manos y las posó suavemente sobre mis hombros.

—Te conviene hablar, Robert.

—Lo hago, pero ustedes no me creen.

—Dinos la verdad ahora, y te ahorrarás muchos sufrimientos.

—Si estoy diciendo la verdad, Hertha.

—No, estás mintiendo. Como todos los espías, cuando son captados y sometidos a interrogatorio.

—Le repito que yo no soy un es... No pude seguir hablando.

La boca de Hertha, pegada a la mía, me lo impedía. Fue el dulce y cálido beso del que ya les he hablado.

Tras él, la sensual Hertha me miró a los ojos y murmuró:

—¿Decías, Robert...?

—Que no soy un espía, eso es lo que... Tampoco pude acabar la frase, esta vez.

La rodilla derecha de Hertha había ascendido veloz, incrustándose en lo que tengo de hombre y haciéndome ver todas las estrellas del firmamento sin necesidad de recurrir al telescopio.

También les había hablado del rodillazo entre los muslos, ¿recuerdan? Fue tremendo.

Brutal. Despiadado.

El dolor era tan terrible, que me hubiera desplomado de no tenerme sujeto Otto y Udo. Los dos cerdos reían, gozando con mi sufrimiento.

La zorra de Hertha me agarró del pelo y me obligó a levantar la cabeza.

—Lo siento, Robert, pero acabaste con mi paciencia.

La miré, casi con lágrimas en los ojos, porque el dolor que sentía en mis órganos masculinos seguía siendo insufrible.

Sentí deseos de devolverle el rodillazo.

Y en el mismo sitio donde ella me lo había dado a mí, para que supiera lo que duelen los golpes en esa zona, tanto si los recibe un hombre como una mujer.

Pero no lo hice, claro.

En primer lugar, porque no me gusta golpear a las mujeres.

Y, en segundo lugar, porque no me sentía con fuerzas para disparar la rodilla. El dolor me tenía agarrotado.

No me sostenían mis piernas, sino Otto y Udo. Hertha me soltó

el pelo y se apartó de mí, indicando:

—Lléváoslo y empezad el «tratamiento». Cuando esté dispuesto a soltar la lengua, avisadme.

—Entendido, Hertha —respondió Otto.

—Será pronto, ya verás —aseguró Udo. La belleza rubia sonrió.

—Eso espero, muchachos.

Los «muchachos» me sacaron prácticamente a rastras de la estancia y me llevaron a aquella pequeña habitación, de paredes desnudas, sin ventanas, iluminada por una bombilla cubierta de polvo.

En el cuartucho sólo había una silla.

Los gorilas me sentaron en ella, me arrancaron la camisa, y me dejaron con el torso desnudo. Después, me ataron al respaldo de la silla, para que no pudiera mover el cuerpo, y también sujetaron mis pies a las patas delanteras de la misma, para que no pudiera darles ninguna patada.

Y empezó la fiesta.

Era en mi honor, claro, así que todas las atenciones de Otto y Udo fueron para mí.

Me dieron puñetazos de todas clases y en todos los sitios, me retorcieron las manos, me apretaron salvajemente los huesos... y hasta ciertas cosas que no tienen huesos.

Sí, las mismas que me había machacado la zorra de Hertha con su rodilla, antes de despedirse de mí.

Por eso, por llover sobre mojado, el dolor fue aún más terrible, y volví a ver todas las estrellas del universo.

Y hasta me pareció ver un par de OVNI.

Ni que decir tiene que mis chillidos eran ensordecedores.

Por fortuna, Otto y Udo decidieron tomarse un descanso, y yo dejé de sufrir.

—Parece que el tipo resiste, ¿eh, Udo?

—Sí, es duro. Pero cantará, no lo dudes.

—¡Seguro!

Miré al par de matones, con mis ojos hinchados.

Vi que encendían sendos cigarros, y la cosa no me hizo ninguna gracia. Tenía la corazonada de que pensaban utilizarlos conmigo.

Y, desgraciadamente, no me equivoqué.

Otto me aplicó la brasa del suyo en el hombro izquierdo.

Yo me estremecí de dolor. Y grité, claro.

Fue el grito que resonó en la habitación, deleitando los oídos del par de gorilas.

Udo no quiso ser menos que su compañero, y me aplicó la brasa de su cigarro en el hombro derecho.

Yo lancé otro grito desgarrador, mientras todo mi cuerpo temblaba. Otto y Udo rieron y se llevaron los cigarros a sus respectivas bocas.

Cada cual dio una larga chupada al suyo, para avivar el fuego de la brasa.

Adiviné que iban a aplicarme de nuevo los puros encendidos, y me pregunté dónde me quemarían esta vez.

No tardé en salir de dudas.

Otto aproximó la brasa del suyo a mi costado. Udo, a mi tetilla derecha.

Percibía ya el calor de ambas brasas, cuando la puerta del cuarto se abrió, dando paso a la escultural Hertha.

Me alegré de su aparición, porque ello retrasó momentáneamente la segunda aplicación de los cigarros encendidos.

Hertha me observó y preguntó:

—¿Sigues negándose a hablar, muchacho?

—Sí, pero no tardará en... —respondió Otto. Hertha no le dejó completar la frase:

—Dejadme a solas con él.

CAPÍTULO II

Otto y Udo cambiaron una mirada, extrañados. Hertha, ahora en tono severo, repitió:

—He dicho que me dejéis a solas con él. ¿Es que no lo habéis oído?

—Sí, perfectamente —carraspeó Otto—. Vamos, Udo.

Éste, antes de salir de la habitación, ofreció su cigarro a la vampiresa de cabellos rubios.

—¿Quieres un puro, Hertha?

Ella le abofeteó con la mirada y respondió:

—Yo sólo fumo cigarrillos, estúpido. Udo tosió y aclaró:

—No te lo ofrecí para que te lo fumaras, sino para que lo utilizaras con el espía.

—No lo necesito.

—Está bien, Hertha.

—Vamos, fuera.

—Sí, enseguida.

Otto y Udo abandonaron el cuarto y cerraron la puerta. Hertha volvió a observarme, con más detenimiento que antes. Quería fijarse bien en todo lo que sus gorilas me habían hecho. Después, preguntó:

—¿Crees que vale la pena, Robert?

—¿El qué?

—Sufrir de esa manera.

—No es por mi gusto, se lo aseguro.

—Otto y Udo te harán pedazos, si te obstinas en no hablar.

—Son ustedes los que se obstinan en no creerme, Hertha.

—Hablarás de todos modos, Robert.

—No puedo hablar de lo que no sé.

—Te ruego que seas sensato. Entre hablar ahora, que todavía estás entero, o hacerlo después, cuando Otto y Udo te hayan convertido en un pingajo, es preferible hablar ahora.

Yo moví la cabeza negativamente.

—Sólo puedo decir que están cometiendo un error conmigo. No soy espía, nadie me envió aquí, no sé lo que ustedes se llevan entre manos ni me interesa saberlo.

—Mis hombres te atraparon cuando intentabas colarte en la casa por una ventana.

—Me equivoqué de casa, creo que ya lo dije.

—Es una excusa ridícula.

—Puede que a usted se lo parezca, pero es la verdad.

—En las casas se entra por la puerta, no por la ventana.

—Bueno, eso depende. Cuando uno va a verse con una mujer casada, es preferible entrar por la ventana.

—Oh, ibas a verte con una mujer... —sonrió burlonamente Hertha.

—Sí.

—¿Te gustan mucho las mujeres, Robert?

—Más que la mortadela trufada.

A Hertha le hizo gracia mi respuesta y lanzó una sonora carcajada.

—Eres tremendo, Robert.

—Y usted lo está, Hertha.

—Muchas gracias.

—De nada.

—Voy a hacerte una proposición, Robert.

—Usted dirá.

—Dime para quién trabajas, y por qué intentaste introducirte sigilosamente en la casa, y no sólo ordenaré que te suelten inmediatamente, sino que te llevaré a mi dormitorio y pasaremos la noche entera juntos. ¿Qué te parece mi oferta...?

Yo compuse una mueca.

—No estoy en condiciones para acostarme con una mujer, Hertha. No podría hacer nada con ella.

—¿Por qué no?

—¿Y es usted quien me lo pregunta, la propia autora del rodillazo que me hizo ver todas las estrellas de la bóveda celeste...?

Hertha se mordió el labio inferior, como si se arrepintiera de lo que me hizo, la muy zorra.

—¿Tanto daño te hice, Robert?

—Sí, y usted lo sabe. Y sus gorilas también me lo hicieron. Ahí, y en otros muchos sitios —rezongué.

Hertha me acarició suavemente el pelo.

—Lo siento, Robert.

—Más lo siento yo.

—¿Qué hay de mi proposición?

—Me encantaría irme a la cama con usted, Hertha, pero en las circunstancias actuales, sólo sería para dormir. Y así no vela la pena.

Hertha me acarició ahora la nuca con sus largos y finos dedos.

—¿Estás seguro de no poder...? —me preguntó, con maliciosa sonrisa.

—Absolutamente.

—No sabes lo que te pierdes, Robert.

—Tengo una idea bastante aproximada —respondí, clavando mis ojos en su aireado busto.

—Quizá, si me quitase el vestido...

—No es necesario, se pega a su cuerpo como una segunda piel.

—Sigo pensando que es mejor que me contemples sin él.

—Bueno, si se empeña...

Hertha se retiró ligeramente, se llevó las manos a la espalda, se bajó la cremallera, y se despojó lenta y suavemente del precioso vestido brillante, haciéndolo resbalar por su cuerpo como si se tratara de una profesional del «*strip-tease*».

Mis ojos seguían atentamente el excitante deslizamiento del vestido, para no perderse detalle de todo lo que éste iba dejando al descubierto.

Pechos, cintura, caderas, muslos...

Todo estaba ya visible, porque el vestido acababa de caer blandamente a los pies de Hertha.

Mientras contemplaba con admiración su portentosa anatomía, me pregunté si también se despojarla de las sucintas braguitas de encaje.

Hertha, por el momento, las conservó.

Apoyó las manos en sus magníficas caderas y se dio una vuelta

completa, sin prisas, para que yo pudiera admirar también la tersura de su larga espalda y la curva perfecta de su trasero, escasamente cubierto por el negro pantaloncito.

Después, me sonrió lascivamente y preguntó:

—¿Qué, Bob, te animas a meterte en la cama conmigo o no? Yo reprimí un gemido de dolor.

El voluptuoso «*strip-tease*» de Hertha me había excitado, y eso era lo peor que podía ocurrirme en aquellos momentos.

Ya saben ustedes a lo que me refiero.

Hertha debió adivinar lo que me sucedía, pues sus ojos se posaron precisamente allí y preguntó con malévolo gesto:

—¿He conseguido hacerte reaccionar, Bob...?

—No, me temo que no —mentí, apartando la mirada del sensacional cuerpo de Hertha, cuya desnudez me excitaba más y más.

Fue una equivocación mentir, porque Hertha decidió comprobarlo personalmente. Era así de descarada.

—Conque no, ¿eh? —dijo, después de tocarme.

—Usted haría reaccionar a un muerto, Hertha —mascullé, sin mirarla.

Ella rió, halagada, e insistió:

—¿Aceptas mi proposición, Bob?

—Está bien, me iré a la cama con usted, si quiere.

—¡Claro que quiero!

—Entonces, llame a sus gorilas y ordéneles que me suelten.

—En cuanto me hayas dicho lo que deseo saber, cariño.

—Me temo que no le va a gustar, Hertha.

—Verás cómo sí, amor.

Lancé un hondo suspiro y dije:

—Está bien, allá va. No soy un espía, no trabajo para nadie, no vine a buscar nada, y mi verdadero nombre es Robert Dale. Bob, para los amigos.

CAPÍTULO III

Tenían que haber visto ustedes la cara que puso la zorra de Hertha.

En sólo unos segundos, su expresión cambió por completo, sustituyendo su excitante sonrisa por una mueca feroz, su acariciadora mirada por otra de lo más furiosa, haciendo centellear sus azuladas pupilas. Las aletas de su preciosa naricilla se agitaban ahora de ira, y los dientes, blancos como perlas, le castañeteaban de pura rabia.

Aparte de todo esto, había enrojecido de cólera y se le habían hinchado las venas del cuello. Y, para que no faltara nada, el ritmo de su respiración se había alterado considerablemente. Más que respirar, parecía resoplar como un caballo de carreras.

Hertha era la imagen viva de la furia, en aquellos momentos.

Yo suspiré de nuevo, preocupado por la violenta reacción que pudiera tener la hermosa rubia, y recordé:

—Le advertí que mis palabras no le iban a gustar, Hertha.

La mano izquierda de ella se disparó y agarró mi pelo con fuerza, para que no pudiera mover la cabeza.

—¡Has estado jugando conmigo, maldito!

—Oh, no, se equivoca.

—¡Me has tomado el pelo!

—Lo de quitarse el vestido fue idea suya, Hertha.

—¡Yo no hago números de «*strip-tease*» gratis, así que éste me lo voy a cobrar, bastardo!

—Meta la mano en el bolsillo derecho de mi pantalón, Hertha.

—¿Para qué?

—Llevo algunos dólares. Quédeselos todos, como pago por su maravilloso número de «*strip-tease*». ¿De acuerdo?

Noté que la cólera de Hertha aumentaba.

—¿Me estás ofreciendo dinero por...? —rugió, abrasándome la cara con sus ojos, convertidos en dos pequeños lanzallamas.

Yo emití una tosecita y recordé:

—Dijo usted que no hacía números de «*strip-tease*» gratis, Hertha.

—¡De mí no se pitorrea ni mi padre, maldito! Hertha empezó a darme de bofetadas.

Y todas con la mano derecha, porque con la izquierda me seguía agarrando del pelo.

—¡Te voy a destrozar la cara! —rugió de nuevo. Yo no dije nada.

Me limité a contemplar, entre bofetada y bofetada, los saltitos que daban los pechos desnudos de Hertha. Estaban tan cerca de mi cara, que parecían querer abofetearme también.

Yo preparé los dientes.

Como uno de los senos de la rubia se pusiera a tiro de dentellada...

No se puso, pero yo proyecté mi cabeza hacia adelante, bruscamente, y Hertha, a pesar de tenerme cogido del pelo, no pudo evitar que mi boca alcanzara su pecho izquierdo. En el último instante, sin embargo, me arrepentí y no hincé mis dientes en el magnífico seno, limitándome a depositar un fuerte beso en su cima.

Hertha interrumpió las bofetadas, aunque no me soltó el pelo. Me miró, un tanto sorprendida.

Yo también la miré a ella.

—Lo siento, no pude resistir la tentación —dije, a modo de disculpa.

—No te disculpes, me ha gustado —repuso Hertha.

—¿De veras?

—Bésame el otro.

—Encantado —sonreí, y me dispuse a posar mis labios en el seno derecho de la rubia. Justo en el instante en que mi boca tomaba contacto con él, Hertha levantaba el pie derecho y me obsequiaba con un tremendo pisotón entre muslo y muslo, pillándome de lleno lo que...

Bueno, lo que ustedes se imaginan.

El alarido que brotó de mi garganta hizo estremecer las desnudas paredes del cuartucho.

La perra de Hertha me soltó el pelo y empezó a reír.

—¡Lo siento, pero tampoco yo pude resistir la tentación, cariño! —dijo, mientras recogía su vestido y se lo enfundaba.

Yo no la miré.

Tenía la cabeza doblada sobre mi pecho y gimoteaba, estremecido de dolor. Maldecía con el pensamiento a aquella víbora de cabellos rubios.

Y me arrepentía de haberle besado un pecho. Debí soltarle la dentellada y dejarlo sin pezón. Era lo que se merecía la arpía de Hertha.

Ya se había subido la cremallera del vestido, así que abrió la puerta y llamó a sus gorilas. Otto y Udo entraron de nuevo en la habitación.

Al verme encogido y ahogado de dolor, sonrieron.

—Bravo, Hertha —dijo Otto.

—Sí, no has perdido el tiempo —añadió Udo.

—Os equivocáis, sí que lo he perdido —confesó la rubia, mirándome—. No he podido arrancarle una sola palabra.

—No te preocupes, Hertha —dijo Otto—. Udo y yo seguiremos «trabajándole» con los cigarros, y no pararemos hasta hacerle cantar mejor que Julio Iglesias.

A pesar de mi estado, no pude resistir la tentación de imitar al extraordinario cantante español, y entoné unos compases de su canción: «Soy un truhán, soy un señor», que es una de mis favoritas.

—«Me gustan las mujeres, me gusta el vino... Y si tengo que olvidar, bebo y olvido...». Hertha y sus gorilas se quedaron mirándome, perplejos.

Debía de estar preguntándose cómo era posible que sintiese deseos de cantar, después de todo lo que me habían hecho entre los tres.

La verdad es que yo tampoco me lo explicaba.

—¿Por qué me miran así? —les pregunté—. Lo he hecho lo mejor que sé, pero no es fácil imitar a un cantante tan bueno como Julio Iglesias, compréndalo.

—Este tipo está loco —rezongó Otto.

—Sí, el dolor debe de haberle trastornado —opinó Udo. Hertha sonrió y dijo:

—Os equivocáis de nuevo, muchachos. Lo que sucede es que este

Robert Dale, o como se llame realmente, tiene un gran sentido del humor, y no lo pierde fácilmente.

—Nosotros nos encargaremos de quitarle las ganas de bromear, ¿verdad, Udo?

—Por supuesto, Otto.

Éste le dio una larga chupada a su cigarro, y Udo le imitó. Las brasas de los puros, lógicamente, cobraron intensidad.

Después, Otto y Udo vinieron hacia mí con los cigarros por delante, dispuestos a llenarme de quemaduras.

Mis músculos pectorales tuvieron una ligera contracción.

Es terrible saber que a uno van a aplicarle un par de puros encendidos en el cuerpo, y que no puede hacer nada por evitarlo. Absolutamente nada.

Sin saber por qué, volví otra vez al estribillo de «Soy un truhán, soy un señor».

—«Me gustan las mujeres, me gusta el vino...».

Oírme cantar de nuevo, enfureció a Otto y Udo, y ambos se dispusieron a aplicarme los cigarros sin más demora.

Por suerte para mí, Hertha ordenó:

—¡Quietos!

Otto y Udo se volvieron hacia ella, extrañados. El primero preguntó:

—¿No quieres que sigamos torturándole, Hertha...?

—No.

—¿Por qué? —preguntó Udo.

—Ya ha sufrido bastante por esta noche. Por la mañana reanudaréis el «tratamiento». Los matones no supieron ocultar su desilusión.

Hertha, antes de que dijeran nada, indicó:

—Llévalo con la chica.

Otto y Udo respingaron a dúo.

—¿Con la chica...? —exclamó el segundo.

—Sí, que pase la noche con ella.

—Es más seguro dejarlo aquí, Hertha —opinó Otto. La rabia me miró con irónica expresión y dijo:

—A Robert le gustan mucho las mujeres. Más que la mortadela trufada, según confesó. Y, como es un tipo muy simpático, le permitiré que pase la noche con una. No podrá hacer nada con ella,

pero al menos se alegrará la vista.

Yo sonreí y repuse:

—Muy agradecido, Hertha.

—No hay de qué, Robert.

Como Otto y Udo no se movían, Hertha los miró severamente y preguntó:

—¿A qué esperáis para soltarlo?

Los matones arrojaron los puros con rabia y me desataron.

Sólo soltaron las cuerdas que me ataban a la silla, claro.

La que sujetaba mis manos a la espalda, siguió lacerándome las muñecas. Yo ya contaba con ello, así que no me llevé ninguna desilusión.

Otto y Udo me levantaron de la silla y me sacaron de la pequeña habitación. A rastras, naturalmente.

Yo no podía caminar.

Ni siquiera lo intenté, para no acentuar el dolor de mis órganos masculinos. Hertha caminaba delante.

Poco después, se detenía frente a una puerta, que ella misma se encargó de abrir, utilizando la llave que colgaba de la pared.

—Felices sueños, Robert —dijo, en tono burlón, antes de que sus gorilas me arrojasen al interior de la habitación como se arroja un trasto viejo.

CAPÍTULO IV

Mientras yo rodaba por el suelo de la habitación como una pelota, ahogando gritos de dolor, Hertha cerró la puerta con llave y ella y sus matones se alejaron.

Lo supe porque se oían claramente sus pasos.

Especialmente, el taconeo de los elegantes zapatos descubiertos de la zorra de Hertha. Para entonces, yo ya había dejado de dar vueltas por el suelo.

Busqué a la chica con la mirada. Estaba sobre la cama.

Al igual que yo, tenía las manos atadas a la espalda. Me miraba con ojos asustados, claro.

Era normal, dadas las circunstancias.

Yo le sonreí, para inspirarle confianza, y la saludé.

—Hola.

Ella, tras unos segundos de vacilación, preguntó:

—¿Quién es usted?

—Me llamo Robert Dale. ¿Y tú...?

—Karen Morris.

—Perdona que te tutee así, a las primeras de cambio, pero es que eres muy joven y...

—No me importa, no se preocupe.

—¿Cuántos años tienes, Karen?

—Veinte. Bueno, casi veintiuno. Los cumpliré el mes que viene.

—Estás en la flor de la vida, pequeña.

—¿Y usted...?

—Enterrado en la maceta.

—Oiga, no es tan viejo.

—No, si no lo digo por eso. Soy joven, sólo tengo veintiocho años.

—¿Por qué dijo que está enterrado en la maceta, entonces...?

—Porque a los muertos los entierran, Karen.

—Usted no está muerto, Robert.

—Pero lo estaré muy pronto, si no ocurre un milagro.

—Le han dado una paliza, ¿verdad?

—Sí, tremenda. Y me han quemado los hombros con puros encendidos. Y me han triturado los... Bueno, tampoco hay necesidad de entrar en detalles.

Karen Morris se estremeció perceptiblemente.

—¿Por qué le hicieron todo eso, Robert...?

—Los matones de Hertha me sorprendieron cuando intentaba colarme en la casa por una ventana, me tomaron por un espía, y me sometieron a un duro interrogatorio —le expliqué, sentado en el suelo al estilo moro.

—¿Lo es de verdad, Robert?

—¿El qué?

—Espía.

—¡Qué va!

—¿Por qué quiso colarse por la ventana, entonces...?

—Me equivoqué de casa.

—¿De veras?

—¿Es que tampoco tú vas a creermelo, Karen?

—Disculpe, no quise ofenderle.

—Olvidalo. Y tutéame, por favor.

—Está bien, Robert.

—Los amigos me llaman Bob.

—Lo tendré en cuenta —me sonrió la muchacha. Karen Morris era bonita y poseía una esbelta figura.

Tenía el pelo castaño, los ojos marrones, y los labios perfectamente trazados. Vestía un pantalón claro y una blusa color malva, que permitía vislumbrar el pequeño sujetador.

—¿Por qué me miras así, Bob? —me preguntó.

—Eres una chica preciosa, Karen.

—No exageres.

—Me gustas mucho, de verdad.

—Tú a mí tampoco me disgustas, Bob.

—Pues no creo que esté muy atractivo, después de tanto puñetazo. Me noto la cara hinchada. Bueno, no sólo la cara —

rezongué, a media voz.

—A pesar de todo, me gustas.

—¿Qué haces tú en esta casa, Karen?

—Me tienen secuestrada.

—¿Eres rica?

—Sí.

—¿Qué cantidad exigen por tu rescate?

—Parece que no es dinero, lo que quieren.

—¿No?

—Eso me dijo la mujer rubia.

—¿Qué es lo que quieren, entonces...?

—Que mi padre les entregue fotocopias de ciertos documentos a los que tiene acceso, por su condición de senador de Estados Unidos.

Yo di un fuerte respingo.

—¿Eres hija de un senador...?

—Sí.

—¿Dijiste que tu apellido es Morris...?

—Sí.

—Entonces, tu padre es Edward Morris, senador por el estado de California...

—Exacto.

—Es extraño —murmuré.

—¿El qué?

—Que los medios informativos no hayan dado la noticia de tu desaparición.

—Mis secuestradores advirtieron a mi padre que no hablara con nadie de mi secuestro, o no volvería a verme con vida.

—Oh, ahora lo entiendo.

Karen Morris bajó ligeramente la mirada.

—Estoy muy asustada, Bob.

—¿Por qué?

—Mi padre me quiere mucho, pero es un hombre íntegro, y dudo que acceda a complacer a los secuestradores. No son americanos, son alemanes, y aunque no me han dicho qué clase de documentos quieren que fotocopie mi padre, sospecho que deben ser muy importantes, y que Estados Unidos puede verse seriamente comprometido si las copias de dichos documentos caen en poder de

alguna potencia extranjera de las que no podemos considerar como amigas. Entre ellas...

—Sé a qué potencia te refieres. Y creo que estás en lo cierto, Karen.

—¿Comprendes ahora por qué estoy tan asustada, Bob?

—Sí.

—Mi padre no traicionará a su país, aun sabiendo que su negativa puede costarme la vida.

—No desesperes, Karen. He oído hablar mucho del senador Morris, y sé que es un hombre muy inteligente. Encontrará la manera de recuperarte sana y salva, ya verás.

—¿De veras lo crees?

—Estoy seguro.

Karen Morris sonrió ligeramente.

—Gracias por darme ánimos, Bob.

—También me gustaría darte un beso, pero estás muy lejos.

—Sube a la cama y siéntate a mi lado. Estarás más cómodo que en el suelo.

—Por mi gusto, ya lo habría hecho. Pero me temo que no podré ponerme en pie. Me duelen demasiado los huesos. Y lo que no son los huesos, también —mascullé.

Karen se mordió los labios.

—Me gustaría poder ayudarte, Bob, pero ya ves que tengo las manos atadas.

—Sí, lo sé.

—Lo único que puedo hacer, es bajarme de la cama y sentarme a tu lado. ¿Quieres que lo haga?

—No, quédate ahí.

—No te apetece demasiado besarme, ¿eh?

—Oh, no pienses eso, por favor. La verdad es que me muero de ganas de besarte, pero no quiero que te sientes en el suelo. Está muy duro, créeme.

—Excusas.

—No son excusas, Karen, y te lo voy a demostrar.

—¿Cómo?

—Arrastrándome como un paralítico hasta la cama y subiendo a ella.

—¿Lo conseguirás?

—Aunque tenga que auparme con los dientes.

—¡Inténtalo, Bob! —me animó Karen. Empecé a arrastrarme hacia la cama.

No fue difícil alcanzarla, pero trepar a ella sin poder ayudarme con las manos, y sin poderme sostener apenas con las piernas, fue toda una prueba, que finalmente superé.

—¡Bravo, Bob! ¡Lo conseguiste! —exclamó Karen, muy contenta. Yo la miré.

Me encontraba echado de espaldas sobre la cama, en posición invertida. Es decir, que tenía la cabeza a los pies de la cama y los pies sobre la almohada.

—Estoy agotado, Karen —confesé—. ¿Qué te parece si en vez de neguir el torso yo, te inclinas tú sobre mí...?

—Con mucho gusto, Bob —respondió ella, sonriéndome como un ángel. Se inclinó sobre mí y me besó dulcemente en los labios.

Después, nos miramos a los ojos.

—Gracias, Karen.

—¿Por qué?

—Por el beso.

—Te esforzaste mucho por conseguirlo, así que no podía negártelo.

—¿Sabes qué me apetece ahora?

—No.

—Besar una de tus preciosas orejitas.

—Encantada —sonrió Karen, divertida, y puso su oreja derecha al alcance de mi boca. Yo, al mismo tiempo que le besaba el delicioso apéndice auricular, susurré:

—Soy un espía, Karen, y he venido a salvarte.

CAPÍTULO V

Karen Morris respingó nerviosamente.

Yo, para impedir que irguiera la cabeza bruscamente y lanzara alguna exclamación, le pillé el lóbulo de la oreja con mis dientes y advertí, en el mismo tono susurrante de antes:

—Cuidado con lo que dices, pequeña. Estoy seguro de que hay un micrófono escondido en esta habitación, y Hertha y sus gorilas deben estar escuchando todo lo que hablamos. La hija del senador Morris se quedó paralizada.

Yo le solté el lóbulo y añadí:

—Debemos seguir nuestra conversación de antes, para que Hertha y sus matones no sospechen. Cuando queramos hablar de lo que realmente nos interesa, haremos como que nos besamos y aprovecharemos esos momentos para susurrarnos cosas al oído. ¿De acuerdo, Karen?

La muchacha asintió con la cabeza.

—Separa tu rostro del mío —indiqué. Ella obedeció.

Nos miramos.

Yo le guiñé el ojo y dije:

—Tienes unas orejas deliciosas, Karen.

Ella, demostrando que me había entendido perfectamente, señaló:

—Tengo dos, Bob.

—Quieres que te bese la otra también, ¿eh?

—Claro.

—Inclínate otra vez, pues.

Ella lo hizo y puso su orejita izquierda sobre mi boca. Yo se la besé y musité:

—Lo estás haciendo muy bien, Karen.

Ella acercó a su vez su boca a mi oreja y susurró:

—¿De verdad eres espía, Bob...?

—Sí, aunque sólo por afición.

—¿Qué quieres decir?

—Que no soy un espía profesional.

—No te entiendo, Bob.

—Pues está muy claro, pequeña. Soy un espía aficionado. Me encanta el espionaje y lo práctico siempre que puedo, pero sólo como deporte. Mi profesión es otra.

—¿No trabajas para el Gobierno, entonces...?

—Por supuesto que no.

—Estoy hecha un lío, Bob. Pensé que te había enviado mi padre, y resulta que...

—Tu padre no me conoce, Karen. Ni tu padre, ni nadie que esté relacionado de alguna manera con el Gobierno. Actúo por mi cuenta, ya te lo he explicado. Y sólo de vez en cuando.

—¿Cómo te enteraste de mi secuestro?

—Por pura casualidad. Vi que dos hombres descendían de un coche, frente a esta casa, y sacaban de él a una muchacha, que evidentemente no les acompañaba por su gusto. Así empezó todo.

—Qué lástima que te atraparan.

—Sí, me dejé cazar estúpidamente. Pero no temas, te sacaré de aquí.

—¿Cómo?

—Luego te lo explicaré. Ahora, sepárate de mí y hablemos un poco en voz alta, para no despertar las sospechas de Hertha y sus matones.

Karen obedeció.

—No sólo me has besado la oreja, bribón —dijo, reanudando la farsa.

—Disculpa, pero es que todo lo tuyo me gusta —repuse, y no dije ninguna mentira.

—La verdad es que me siento muy halagada.

—Si no estuviera tan maltrecho...

—¿Qué harías?

—El amor contigo.

—Suponiendo que yo te dejara, ¿no?

—Por supuesto.

—No sé si te lo permitiría.

—Intentaría convencerte.

—¿Cómo?

—Con besos y caricias.

—Puedes besarme, pero no acariciarme. Tienes las manos atadas a la espalda.

—Rompería las ligaduras.

—Dudo que pudieras.

—Si conservara íntegras mis fuerzas, lo conseguiría.

—No es ése el caso, desgraciadamente.

—No, no lo es —suspiré—. Y lo peor del caso es que tardaré días en recuperarme totalmente.

—¿Tanto...?

—Sí, y no creo que viva lo suficiente. ¿Recuerdas cuando dije que tú te encuentras en la flor de la vida, y yo enterrado en la maceta...?

—Lo recuerdo, sí.

—Por la mañana, los gorilas de Hertha me torturarán de nuevo, para que confiese que soy un espía. Y, como no lo soy, acabarán convirtiéndome en un despojo.

Noté que Karen Morris se estremecía.

—¡Tienes que convencerles de que no eres un espía, Bob!

—¿Cómo, Karen? Desde el primer momento les dije que no lo soy, que me introduje en esta casa por equivocación. Pero no quieren creerme. Incluso piensan que utilizo un nombre falso. Son unos estúpidos. Si yo fuera realmente un espía, hubiera venido a esta casa armado hasta los dientes. Sin embargo, no llevaba encima ni un cortaúñas. Ellos lo saben, porque me despojaron de la chaqueta y me registraron de pies a cabeza, mientras me hallaba inconsciente. Y mi documentación no es falsa. Que la examinen con una lupa y verán. Me llamo Robert Dale desde que nací.

Yo dije todo esto para que Hertha y sus matones lo oyeran, si realmente estaban escuchando nuestra conversación, de lo cual yo no tenía apenas dudas.

Hertha no me había encerrado con Karen Morris para que yo me alegrara la vista, sino para que le confesara a la muchacha que era un espía enviado por su padre, el senador Morris, con la misión de rescatarla.

Sí, Hertha era muy lista, pero como yo tampoco me chupo el dedo, no caí en la trampa que ella me había tendido.

Karen emitió un sollozo.

—No quiero que te maten, Bob.

—Olvida eso ahora y dame un beso, ¿de acuerdo?

Ella adivinó que quería decirle más cosas al oído y no dudó en responder:

—Todos los que quieras, Bob.

Karen se inclinó sobre mí y empezó a besuquearme. Yo le susurré:

—No dejaré que los gorilas de Hertha me torturen de nuevo, tranquilízate. Escaparemos antes. Sólo necesito unas horas de descanso. Después, estaré en condiciones de intentar la huida. Con mis dientes, aflojaré la cuerda que ata tus manos, y cuando tú estés libre, desatarás las mías.

—La puerta está cerrada con llave —me recordó Karen, rozándome literalmente la oreja con sus labios.

—No te preocupes por eso. Un espía, aunque sea aficionado, sabe cómo abrir una puerta cerrada con llave.

—¿Y los gorilas de Hertha...?

—Confío en que a esas horas estén durmiendo. Al menos, uno de ellos. Puede que el otro esté vigilando la habitación. Si es así, la cosa será más complicada. Pero espero poder desembarazarme de él, antes de que dé la alarma.

—Es una lástima que la habitación no tenga ventana. Hubiéramos escapado por ella.

—Hertha no es tonta, Karen.

—Pero sí muy guapa.

—A mí me gustas más tú.

—Ella está mucho mejor de forma que yo.

—Discutiremos eso cuando te vea desnuda.

—Cuidado con lo que dices, Bob, que ahora no estamos hablando para Hertha y sus gorilas.

—Lo sé, no es necesario que me lo recuerdes.

—¿De verdad esperas verme desnuda?

—¿Por qué no?

—Como no me arranques la ropa...

—Te la quitaré muy suavemente.

—No te dejaré.

—Ya veremos.

—¿Puedo separarme ya de ti?

—No.

—¿Tienes que decirme algo más en voz baja?

—No.

—¿Entonces...?

—Quiero que me des unos cuantos besitos más.

—Te he dado ya más de una docena.

—Continúa hasta completar la segunda docena.

—Tienes más cara que un submarino ruso.

—Que ya es decir —repuse, riendo silenciosamente. Karen rió también muy quedamente, me dio unos cuantos besos más, y luego se separó de mí.

—Se te están cerrando los ojos, Bob —dijo, en voz alta ya. Aunque no era cierto, yo respondí:

—Sí, es verdad. El agotamiento me está rindiendo, y creo que voy a dormirme de un momento a otro.

—Duerme y descansa.

—¿Y tú...?

—Me echaré a tu lado y dormiré también.

—Tu compañía me reconforta, Karen.

—Y a mí la tuya, Bob.

—Lamento no ser un espía de verdad, ¿sabes?

—¿Por qué?

—Si lo fuera, no me habría dejado sorprender por los gorilas de Hertha y a estas horas estarías libre.

Karen me sonrió tiernamente.

—Duérmete ya, Bob.

—Sí.

Poco después, Karen y yo hacíamos como que dormíamos.

CAPÍTULO VI

No podíamos dormirnos de verdad, pues corríamos el riesgo de no despertarnos con tiempo suficiente para intentar la fuga.

Así, muy quietos, sin cambiar una sola palabra, fue ron transcurriendo los minutos, sin que nada ni nadie interrumpiese nuestro descanso.

Yo, al principio, temí que aparecieran Otto y Udo para devolverme, por orden de Hertha, a la pequeña habitación en la que me habían golpeado y torturado.

Era lógico pensarlo, teniendo en cuenta que el plan de Hertha había fallado. Ya no tenía sentido que yo siguiese encerrado en la misma habitación que la hija del senador Morris.

Sin embargo, el tiempo iba pasando y los matones no hacían acto de presencia. Cuando hubo transcurrido una hora, aproximadamente, mis temores se disiparon por completo.

Hertha debía de estar convencida de que yo no tenía fuerzas suficientes para intentar nada, y no le preocupó dejarme pasar la noche en la misma habitación que Karen Morris.

Por el momento, no las tenía, desde luego.

¿Las recuperaría a tiempo...?

Me autoconvencí de que sí, porque de ello dependía mi vida y quizá, también, la de Karen, porque la muchacha tenía razón al pensar que su padre no accedería a las pretensiones de los secuestradores.

Y si el senador Morris no les entregaba las fotocopias de los importantes documentos que ellos le exigían, o más probable es que Hertha ordenase la ejecución de Karen.

Hertha era una mujer sin escrúpulos, y yo lo sabía mejor que nadie, y no tendría la menor piedad para con la muchacha.

Sí, también la vida de Karen dependía de mí.

Tenía que salvarla, y no disponía más que de unas pocas horas para intentarlo.

Si permitía que Otto y Udo me tomaran de nuevo por su cuenta, ya no tendría ninguna posibilidad de escapar con Karen, porque me destrozaban de arriba abajo.

De ahí que confiara en mi capacidad de reacción. Soy un tipo fuerte, sano, y musculoso.

Me recuperaría, estaba seguro.

¡Era necesario!

* * *

Llegó el momento de la verdad.

No podíamos demorar más el tiempo de fuga, porque corríamos el riesgo de que los gorilas de Hertha viniesen de nuevo por mí y nos estropeasen el plan.

Miré a Karen Morris y le hice una muda indicación.

Ella entendió y puso sus manos al alcance de mis dientes, que empezaron a morder la cuerda.

No fue fácil aflojarla, pero lo conseguí.

Karen hizo el resto.

Cuando tuvo las manos libres, procedió a desatarme. Yo me froté las muñecas, laceradas por la cuerda.

Me dolían, pero aún me dolían más los dedos, a causa de las brutales torsiones con que me obsequiaron Otto y Udo, para hacerme hablar.

Los vi repetidas veces, para que no se mostraran tan torpes.

Después, incorporé mi desnudo torso, repleto de hematomas y contusiones. Maldije para mis adentros, porque me seguía doliendo todo.

Cada hueso. Cada músculo.

Cada articulación.

Los hombros me quemaban al menor movimiento, gracias a las brasas de los puros de Otto y Udo.

Con los dientes apretados, bajé las piernas de la cama, apoyé los pies en el suelo, y me levanté.

Estuve a punto de caerme, porque mis piernas no podían estar

más torpes. Sentí, además, unos terribles aguijonazos en mis órganos masculinos.

Hice un supremo esfuerzo por superar todo aquello, y conseguí mantenerme en pie. Miré a Karen.

Ella también había abandonado la cama y me miraba a su vez, con pena. Adiviné sus pensamientos.

Se estaba diciendo que yo no estaba en condicione de sacarla de allí, que más bien era yo quien necesitaba que ella me salvara de Hertha y sus gorilas.

Vino hacia mí, con intención de sostenerme, pero yo rechacé su ayuda. Di algunos pasos por la habitación.

Los primeros fueron muy torpes, como de un viejo aquejado de reúma, lumbago y ciática, todo a la vez.

Poco a poco, sin embargo, fui moviéndome mejor. Karen me sonrió.

Trataba de darme ánimos. Era una chica estupenda.

Yo le devolví la sonrisa y luego le di un suave beso en los labios, que ella recibió complacida.

Después, la cogí de la mano y la llevé hacia la puerta.

Pegué el oído a la hoja de madera, pero no capté ruido alguno. El silencio era absoluto.

Yo me agaché y extraje el trozo de alambre que llevaba oculto en el dobladillo de la pernera derecha del pantalón.

Improviseé una ganzúa con él y comencé a trabajar en la cerradura de la puerta, procurando no causar ruido.

Si Otto o Udo estaban vigilando la habitación, y me oían hurgar con el alambre en la cerradura, mi plan se vendría abajo. Por eso manejeé la improvisada ganzúa con tanto cuidado.

Karen me miraba, muy nerviosa.

Ella también sabía que la vida de los dos estaba en peligro. De pronto, se escuchó un leve «clinc».

Yo miré a Karen y sonreí. Lo había conseguido.

Ya podíamos salir de la habitación. Karen premió mi habilidad con un beso. Después, yo comencé a abrir la puerta. Lo hice muy lenta y silenciosamente.

Interrumpí un momento mi acción y apliqué el ojo a la grieta. Descubrí a Otto.

Estaba sentado en una silla, cuyo respaldo descansaba contra la

pared, quedando en alto sus patas delanteras.

Evidentemente, Hertha lo había dejado de guardia, por si acaso.

Por fortuna, Otto no había podido resistir el sueño y dormitaba en la silla, la cabeza doblada hacia su izquierda y apoyada en la pared.

El matón iba en mangas de camisa, por lo que quedaba totalmente visible su funda sobaquera, en la que descansaba una impresionante Luger.

No supe si alegrarme o disgustarme de que Otto estuviese armado.

Si conseguía llegar hasta él sin que se despertara, y le arrebatara la Luger, el resto sería mucho más fácil, porque yo, con una Luger en la mano, no temo a nada ni a nadie.

Lo malo era que Otto podía despertarse antes de que yo llegara junto a él, y si empuñaba su arma, Karen y yo estaríamos perdidos.

Teniendo en cuenta esto último, casi hubiese sido preferible que el matón no estuviese armado. Así, caso de despertarse, hubiera tenido que atacarme con los puños, y aunque yo no estaba para muchas peleas, al menos hubiese tenido oportunidad de defenderme.

Pero en fin, así estaban las cosas, y así había que aceptarlas.

Con el gesto, le expliqué a Karen que uno de los gorilas de Hertha vigilaba la habitación, que estaba armado, y que en aquellos momentos dormitaba.

Después, le hice saber que iba a salir de la habitación y trataría de apoderarme de la pistola del matón.

Karen me cogió la mano y me la apretó con fuerza, sin tener en cuenta que mis dedos estaban para pocos apretones.

Yo reprimí un gemido de dolor yforcé una sonrisa, para infundirle ánimos y que pensara que todo iba a salir bien.

Karen me soltó la mano y yo abrí un poco más la puerta, lo suficiente para poder pasar por el hueco. Salí sigilosamente de la habitación y avancé hacia Otto, ahogando las pisadas.

El matón movió débilmente la cabeza y emitió un gruñido. Yo me detuve, dejando incluso de respirar.

Temí que Otto abriera los ojos y me descubriera. Por suerte, no fue así.

El gorila siguió dormitando en la silla.

Yo, más tranquilo, solté pausadamente el aire que había retenido en mis pulmones y proseguí mi avance, silencioso como un gato.

Ya sólo me separaban unos tres metros de Otto. Dos.

Uno...

Yo me veía arrebatándole la Luger al matón.

Fatalmente para mí, Otto se despertó justo en aquel momento y entreabrió los ojos. Al verme, dio un nervioso respingo y exclamó:

—¡El espía!

Velozmente, se llevó la mano a la funda axilar.

Yo, que ya contaba con ello, salté sobre él y le di un tremendo puñetazo en la cara, tirándole de la silla.

La silla también cayó.

Yo me apresuré a cogerla por el respaldo y la enarbolé.

Otto, que todavía no había conseguido empuñar su arma, se llevó de nuevo la mano a la axila zurda.

Justo en el instante en que extraía la Luger, yo descargaba la silla sobre su cabeza. El silletazo dejó sin sentido al matón, que perdió su arma.

Yo me apoderé rápidamente de ella.

¡Lo había conseguido!

¡Tenía la Luger en mis manos!

¡Ahora sí que me sentía seguro de verdad!

CAPÍTULO VII

Me volví rápidamente hacia la habitación en donde nos habían tenido encerrados y le indiqué a Karen Morris que saliera.

La muchacha, que había presenciado mi lucha con Otto, salió corriendo.

—¡Eres magnífico, Bob! —dijo, pero sin elevar la voz. Yo la cogí de la mano.

—Tenemos que largarnos a toda prisa, Karen, Es posible que Udo y Hertha hayan oído el ruido de la pelea, y si es así, no tardarán en aparecer.

—¡Corramos, Bob! Lo hicimos.

Karen corría con más ligereza que yo.

Era lógico, porque a ella no le dolía nada, mientras que yo veía las estrellas cada vez que mis muslos rozaban lo que...

Bueno, ya saben qué.

A pesar de ello, corrí todo lo deprisa que pude. Segundos después, alcanzábamos la puerta de la casa.

Hertha y Udo, por el momento, no daban señales de vida. Mejor.

Karen y yo salimos rápidamente de la casa. No habla ningún coche frente a ella.

Debían estar encerrados en el garaje.

Como no podíamos perder tiempo intentando abrir el garaje, echamos a correr.

—¡Mi coche está detrás de aquella colina! —expliqué a Karen—. ¡Si lo alcanzamos, podemos considerarnos a salvo!

—¡Lo alcanzaremos, Bob! —respondió ella, muy animada. Seguimos corriendo en dirección a la colina.

Estaba amaneciendo ya, por lo que la visibilidad era bastante buena. Volví un instante la cabeza, para ver si Hertha y Udo nos

perseguían. Nadie había salido de la casa, por el momento.

Me alegré.

Cuanto más tardasen en lanzarse en nuestra persecución, más posibilidades tendríamos de alcanzar mi coche y escapar en él.

La colina ya estaba cerca.

La alcanzamos y la rodeamos.

Cuando estuvimos al otro lado, la sensación de que me atizaban con una maza en todo lo alto de la cabeza.

¡Mi coche no estaba!

¡Había desaparecido!

¡Alguien se lo había llevado!

* * *

Karen Morris se había quedado tan sorprendida como yo.

—No veo tu coche por ninguna parte, Bob —murmuró.

—Yo tampoco —rezongué.

—Dijiste que estaba aquí, tras esta colina.

—Aquí lo dejé yo, sí. Pero me lo han birlado.

—¿Quién?

—Los matones de Hertha, seguro. Este lugar está muy apartado de la ciudad, y adivinaron que yo no había venido desde San Francisco a pie. Buscaron mi coche por los alrededores de la casa, y dieron fácilmente con él. Seguramente lo metieron en el garaje, junto con los suyos.

—¿Qué hacemos ahora, Bob?

—Correr. Es lo único que podemos hacer, Karen. Alejarnos todo lo posible de la casa, y confiar en que Hertha y sus matones no nos encuentren. Y, si nos localizan, haré uso de esto —levanté la Luger de Otto.

—¿No hay ninguna otra casa por aquí cerca, Bob?

Si la hubiera, podríamos pedir ayuda y...

Yo negué con la cabeza.

—No la hay, Karen. Conozco bien estos parajes, porque he venido muchas veces por aquí. La casa que escogió Hertha para llevar a cabo tu secuestro, no puede estar más solitaria. Es el lugar ideal para tener encerrado a alguien.

—Me aterran tus palabras, Bob.

—No temas, Karen. Estamos libres y tenemos una pistola. Nuestra situación ha mejorado mucho.

—Eso es verdad.

—Vamos, corre. No podemos quedarnos aquí.

—Sí, tienes razón.

Karen y yo echamos a correr de nuevo.

* * *

Llevábamos un buen rato corriendo. Yo ya no podía más.

Me flaqueaban las rodillas, se me doblaban las piernas, me faltaba la respiración... Todo ello, claro, era consecuencia de mi actual condición física, que no podía ser peor. En condiciones normales, aquella carrera hubiera supuesto un simple paseo para mí, pero después de tanto golpe y tanta tortura...

Ocurrió lo que tenía que ocurrir: me derrumbé.

—¡Bob! —exclamó Karen, parándose.

Quiso ayudarme a ponerme en pie, pero yo, resollando como un toro, confesé:

—No puedo seguir corriendo, Karen... Estoy agotado, necesito unos minutos de descanso.

Ella me sonrió comprensivamente y se dejó caer a mi lado.

—La verdad es que yo también estoy muy cansada. Y eso que nadie me pegó ni me torturó. Tú estás haciendo más de lo que puedes, Bob. Eres un valiente. Un héroe.

—Hombre, tanto como un héroe...

—Lo eres, Bob. Arriégate tu vida por mí, fuiste salvajemente golpeado y torturado, y aún tuviste ánimos para enfrentarte a Otto y sacarme de la casa. Que todo eso lo hubiera hecho un espía profesional, enviado por mi padre, me parecería normal. Pero un espía aficionado...

—Tiene más mérito, ¿verdad?

—¡Muchísimo más!

—Bien, pues si te saco de esto, espero que sepas agradecermelo.

—Mi padre te recompensará, no te preocupes.

—No deseo que me recompense tu padre, quiero que me recompenses tú.

—El dinero lo tiene él.

—¿Quién quiere dinero?

—¿Qué es lo que quieres, pues?

—A ti. Karen rió.

—Conque a mí, ¿eh?

—Sí.

—Pides demasiado.

—Eres una desagradecida, Karen.

—Y tú un sinvergüenza, Bob.

—Es normal que a un hombre le guste una mujer, ¿no?

—Sí, pero no que la exija como recompensa.

—Yo no exijo, sólo pido.

—Claro, por pedir que no quede. Reímos los dos.

De pronto, tomé entre mis brazos a Karen y la besé en los labios con pasión. Ella no protestó.

Incluso me devolvió el beso.

Cuando separamos nuestras pocas, Karen dijo:

—Parece que te vas recuperando, ¿eh, Bob?

—Sí, por momentos.

—Entonces, reanudemos la carrera.

—¿Me tienes miedo?

—¿Por qué iba a tenértelo?

—Ahora tengo las manos libres, puedo acariciarte, quitarte la ropa suavemente...

—Yo también tengo las manos libres, y puedo abofetearte, no lo olvides.

—Si tuviéramos tiempo...

—No lo tenemos, así que en pie y marchemos. Karen se levantó y yo la imité.

Sin perder un solo segundo más, reanudamos la carrera.

* * *

Llevábamos unos cinco minutos corriendo, cuando detectamos el ruido del motor de un coche.

Karen y yo nos detuvimos un instante y volvimos la cabeza. Era el coche de los secuestradores.

—¡Son ellos, Bob! —chilló Karen, aterrorizada.

—¡Hacia allí, deprisa! —Indiqué yo, tirando de la muchacha.

Era evidente que los gorilas de Hertha nos habían descubierto, y lo más sensato era ponerse a cubierto, pues yendo ellos en coche y nosotros a pie, sería tonto seguir corriendo.

Nos alcanzarían en muy poco tiempo, así que lo mejor era protegerse entre las rocas que se veían a la derecha.

Y allí nos protegimos.

Yo preparé la Luger, dispuesto a abrir fuego contra los matones de Hertha.

Su coche se detuvo a una cierta distancia de las rocas que nos servían de protección, y Hertha descendió de él.

Yo, que ya tenía el dedo índice curvado sobre el gatillo, presionándolo ligeramente, porque esperaba que fueran Otto y Udo los que saltasen del coche, me frené.

No podía disparar contra Hertha, porque la rubia no esgrimía arma alguna.

CAPÍTULO VIII

Me extrañó muchísimo que Hertha se arriesgara de aquella manera. Ella sabía que yo tenía la Luger de Otto.

Y que podía hacerle un par de agujeros en el pecho.

Sin embargo, no sólo había salido del coche desarmada, sino que incluso avanzó hacia nosotros con paso tranquilo y el semblante sonriente.

Otto y Udo seguían en el interior del coche, como si tuviesen miedo de salir de él. Yo sabía que no era así.

Si no salían del coche, es porque Hertha les había ordenado que continuasen metidos en él.

La rubia, evidentemente, tramaba algo. Y yo sabía qué.

Hertha, debido tal vez a las prisas, se había lanzado con sus gorilas en nuestra persecución en camisón.

Un camisón corto y transparente, que permitía vislumbrarlo todo.

—¿Por qué no le disparas, Bob? —me preguntó Karen.

—No puedo matarla.

—Está demasiado buena, ¿eh?

—No digas tonterías.

—Si se tratara de uno de sus gorilas, ya te lo habrías cargado.

—Hertha no va armada, Karen.

—Te equivocas. Lo que sucede es que sus armas son otras. ¿No te has preguntado por qué se acerca en camisón, exhibiendo todos sus encantos?

—No quiere perder el tiempo vistiéndose.

—Y un cuerno.

—¿Qué piensas tú, Karen?

—Que viene dispuesta a embaucarte con su formidable cuerpo.

—Si es así, perderá el tiempo.

—Por si acaso, no permitiré que se acerque más. Esa mujer es muy peligrosa, Bob.

—Lo sé mejor que tú —repuse, recordando lo que la rubia me había hecho.

—Hazme caso, Bob. Prohíbele que siga aproximándose. Decidí seguir el consejo de Karen y ordené:

—¡Quieta, Hertha! ¡No des un paso más o te vuelo tu rubia cabeza! Hertha se detuvo y puso los brazos en jarras.

—¿De verdad serías capaz de matarme a sangre fría, Robert...?

—Mi sangre no está fría, Hertha, sino caliente.

—¿A causa de la brevedad y transparencia de mi camisón...? —preguntó, la muy zorra. Yo apreté los dientes y respondí:

—No es por eso, sino por todo lo que tú y tus gorilas me hicisteis.

—Quiero pedirte perdón, Robert.

—¿Perdón?

—Sí, cometimos un error contigo. Debimos creerte, porque decías la verdad.

—¿Cómo sabes que decía la verdad?

—Había un micrófono oculto en la habitación en que teníamos encerrada a la hija del senador Morris, y escuchamos todo lo que hablasteis. A Karen Morris no tenías por qué mentirle. Si le dijiste que no eras un espía, es porque no lo eres.

—No lo soy, puedes estar segura.

—Lo estoy, Robert, lo estoy. Por eso quiero hacer un trato contigo.

—¿Qué clase de trato?

—Devuélvenos a la chica, y te entregaré el importe de ese dinero.

—¿Cuánto?

—Cien mil dólares. Yo largué un silbido.

—Cien mil pavos... —murmuré a continuación.

—Contantes y sonantes.

—¿Sabes que tu propuesta es muy interesante, Hertha?

—Pues aún hay algo más, Robert.

—¿De veras?

—Si aceptas el trato, haré el amor contigo.

—¿En serio?

—Sí, todas las veces que quieras.

—Ahora aún me parece más interesante tu oferta, Hertha.

—¿Verdad que sí?

—Disculpa un momento, preciosa. Parece que la hija del senador Morris quiere decirme algo.

Era cierto.

Karen me estaba tirando del brazo. La miré y pregunté:

—¿Quieres mejorar la oferta de Hertha, Karen? Ella me fulminó con la mirada.

—¿De qué parte estás tú, Bob?

—Por el momento, de la tuya, Pero Hertha quiere que me pase a la suya, ya lo has oído.

—Sí, no soy sorda.

—Me ofrece cien mil dólares y su exuberante cuerpo. ¿Qué me ofreces tú, pequeña?

—El doble.

—¿Doscientos mil dólares y dos exuberantes cuerpos...?

—Sólo doscientos mil dólares. De cuerpos exuberantes, nada.

—Entonces, me paso al enemigo.

—¿Qué...?

—Quiero doscientos mil dólares y que te acuestes conmigo.
Karen Morris enrojeció de ira.

—¡Eres un...!

—No me digas lo que soy. Dime sólo sí o no.

—¡No!

—En ese caso...

—¡Que no tengo elección, digo!

—Oh, eso está mucho mejor —sonreí—. Dame tu palabra de que te acostarás conmigo.

—¡Te la doy!

—Y que haremos algo más que dormir.

—¡Haremos todo lo que quieras, gusano!

—Perfecto —reí, y me encaré de nuevo con la rubia—. Lo siento, Hertha, pero la hija del senador Morris ha mejorado tu oferta.

—¿De veras?

—Sí, me ofrece doscientos mil dólares y accede también a hacer el amor conmigo.

—¿Y no te gusto yo más que ella, Robert?

—Las dos estáis muy bien.

—Yo estoy mejor que ella, y tú lo sabes, porque me has visto desnuda.

Emití una tos, tratando de ahogar las últimas palabras de Hertha, pero no lo conseguí. Karen Morris me ejecutó con los ojos y masculló:

—Conque esas tenemos, ¿eh?

—Se despojó del vestido por su propia voluntad, Karen —carraspeé—. Yo no se lo quité, te lo juro. Ni siquiera le pedí que se lo quitara.

—Rata asquerosa.

—Te refieres a Hertha, ¿verdad?

—¡Me refiero a ti!

—Vaya.

Hertha se dejó oír de nuevo:

—Te ofrezco trescientos mil. Robert. Y mi cuerpo serrano, naturalmente.

—¡Olé! —exclamé, y miré a la hija del senador Morris—. ¿No tienes nada que decir, Karen...?

La muchacha apretó los labios furiosamente y subió su oferta:

—¡Cuatrocientos mil!

—¡Bravo! ¿Lo has oído, Hertha?

—¡Medio millón, Robert! —Pujó la rubia.

—¡Viva! —grité, alborozado, y volví a mirar a la hija del senador Morris—. ¿Karen...?

—Me retiro de la subasta.

—¿No puedes llegar al medio millón?

—Puedo, pero no quiero.

—Se trata de tu vida, Karen.

—No vale tanto.

—Oh, no digas eso.

—Vamos, véndeme ya a mis secuestradores por medio millón. Y que te aproveche, el medio millón y la rubia.

Yo me eché a reír, no pude evitarlo.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —Gruñó Karen.

—La opinión que tienes sobre mí, eso es lo que me hace reír.

—Pues debería hacerte llorar, porque no puede ser peor.

—Eso es precisamente lo que me divierte tanto, Karen.

—¿De veras?

—Escucha y verás. ¡Eh, Hertha! —llamó a la rubia.

—¿Sí, Robert...?

—¡No hay trato!

—¿Qué...? ¿Rechazas medio millón de dólares y mi compañía en la cama...?

—¡No me chupo el dedo, Hertha!

—¿Qué quieres decir?

—¡Sé que no vería un solo dólar! ¡Es una trampa, pero no voy a caer en ella!

—¡No seas estúpido, Robert! ¡Si no nos entregas a la chica, lo lamentarás, te lo juro!

—¡No pienso dejarme atrapar de nuevo, Hertha! ¡Tengo la pistola de Otto y me voy a defender con ella!

—¡No te va a servir de nada, créeme!

—¡Veremos!

—¡Está bien, tú lo has querido! —rugió Hertha, y se volvió hacia sus matones—. ¡Otto!

¡Udo! ¡Atrapadlos!

Los gorilas salieron rápidamente del coche y corrieron hacia nosotros. Udo iba armado, pero Otto no, lo cual me sorprendió, porque era suicida venir hacia mí en esas condiciones.

De pronto, tuve un extraño presentimiento.

Dispuesto a salir de dudas cuanto antes, apunté a Udo y apreté el gatillo. Mi presentimiento se hizo realidad.

¡La Luger no tenía balas!

CAPÍTULO IX

Escupí una maldición.

Karen Morris se cogió de mi brazo.

—¿Qué ocurre, Bob...?

—¡Nos la han jugado, Karen!

—¿Jugado...?

—¡El cargador de la pistola está vacío!

—¡Oh, no! —Palideció la joven.

Yo le saqué el cargador a la Luger y lo examiné.

—¡Ni una sola bala! —barboté, furioso, y se lo arrojé a Hertha a la cara. La rubia se agachó con rapidez y esquivó el cargador vacío.

Después, rompió a reír burlonamente.

—¡Esta vez me tocaba a mí tomarte el pelo, Robert!

—¡Maldita! —rugí, y le arrojé la Luger. Hertha la esquivó también y dijo:

—¡Prepárate a luchar con Otto y Udo, Robert!

—¡No, Hertha! ¡Lucharé yo sólo con él! —dijo Otto, que estaba deseando cobrarse el puñetazo y el silletazo.

—¡De acuerdo, Otto! —accedió Hertha—. ¡Dale una buena lección! Otto vino hacia mí como una locomotora.

Udo se quedó junto a Hertha, apuntándome con su pistola, una *Parabellum* que ponía los pelos de punta sólo de verla.

Yo no dudé de que el arma de Udo sí tenía balas.

No tuve más remedio, pues, que salir al encuentro de Otto, aun sabiendo que no tenía muchas posibilidades de vencerle, debido a mi mala condición física.

Pero como la esperanza es lo último que se pierde, me dispuse a vender cara mi derrota. Karen, estremecida, se dispuso a contemplar el palizón que, en buena lógica, iba a propinarme Otto.

Hertha y Udo también estaban convencidos de que Otto iba a vapulearme de lo lindo, pensando que yo apenas podría defenderme. Por eso sonreían los dos, muy confiados.

Otto intentó arrollarme, pero yo pude apartarme a tiempo y no me dejé derribar. El matón volvió a la carga, con el ímpetu de antes.

Yo conseguí escabullirme por segunda vez.

En esta ocasión, además, le di un golpe en el cuello, con el canto de mi mano izquierda. Otto lanzó un rugido y cayó al suelo.

Esto no le gustó nada a Hertha.

—¡Arriba, imbécil! —ordenó.

Otto se puso en pie de un brinco, enfurecido por la caída que acababa de sufrir.

—¡Te voy a destripar con mis propias manos, bastardo! —aseguró.

—Ya será menos —repuse yo, aunque en el fondo pensaba que el bestia de Otto era muy capaz de sacarme las tripas si me dejaba atrapar por él.

En vez de intentar arrollarme, Otto me atacó con los puños.

Yo burlé su maza derecha, agachándome a tiempo, y le clavé mi puño zurdo en el hígado. Otto se encogió, dando un bramido.

Me disponía a enderezarlo con un gancho de derecha, cuando el matón me embistió con su cabeza y me derribó.

Otto también cayó al suelo, aunque por fortuna no lo hizo sobre mí.

Yo me apresuré a levantarme, porque no me convenía enzarzarme con el gorila en el suelo.

Otto anduvo listo y me engatilló las piernas con las suyas, haciéndome caer de nuevo.

—¡Ahora verás, bastardo! —rugió, arrojándose sobre mí.

Yo levanté muy oportunamente la rodilla derecha y se la estrellé en plena cara al matón. Otto chilló como una rata y se llevó ambas manos al rostro, olvidándose por completo de mí.

Una reacción muy lógica, teniendo en cuenta que mi rodilla le había pulverizado el tabique nasal, causándole, además de un dolor terrible, una hemorragia impresionante. Yo aproveché aquel momento para ponerme en pie.

Hubiera podido patear a Otto a mis anchas, pero no lo hice,

porque Udo seguía apuntándome con su *Parabellum* y seguramente hubiese apretado el gatillo.

Lo miré y adiviné que sentía deseos de volarme la cabeza. No le había gustado lo que le había hecho a su compañero.

—¡Te voy a...! —barbotó, curvando ya su dedo índice sobre el gatillo.

—¡Quieto, estúpido! —intervino Hertha, bajando bruscamente el brazo derecho de Udo.

—¡Le ha destrozado la cara a Otto, Hertha! —Ladró el matón.

—¡Lo sé, pero lo quiero vivo! ¡Dame tu pistola! Udo se la entregó.

La rubia me apuntó y ordenó:

—¡Ve por él, Udo!

—¿Por Otto?

—¡Por el tipo, estúpido! ¡Y procura hacerlo mejor que el imbécil de Otto! Udo sonrió cavernosamente.

—Descuida, Hertha. Yo no te defraudaré —dijo, y vino hacia mí.

Yo me dispuse a recibirle, preguntándome si tendría tanta suerte como en mi pelea con Otto, o si Udo sería más hábil con los puños y me daría la gran paliza.

Lo mismo se debía de estar preguntando Karen Morris, a juzgar por su cara. Seguía pálida y asustada.

Udo ya estaba muy cerca.

Me atacó con el puño derecho. Eso pareció, al menos.

Pero sólo fue una treta.

El puño que realmente soltó fue el izquierdo.

El amago de golpe consiguió engañarme totalmente y la zurda del matón restalló en mi mandíbula, enviándome irremisiblemente al suelo.

—¡Bob! —gritó Karen, angustiada. Hertha, en cambio, sonrió ampliamente.

—¡Bravo, Udo!

El gorila, convencido de que yo no podría repetir con él lo que había hecho con Otto, me llamó con el dedo, burlonamente.

—Arriba, chico. Esto no ha hecho más que empezar.

—Para ti. Yo ya llevo algunos minutos peleando —rezongué, mientras me incorporaba con dificultad.

Udo no esperó a que yo me irguiera totalmente. Su puño

derecho buscó mi cara.

Y, esta vez, no fue un amago.

Me cazó justo debajo de la oreja y me hizo rodar por el suelo.

—¡Vamos, en pie! —rió Udo.

—Para sacudirme de nuevo, ¿eh? —mascullé, sacudiendo la cabeza.

—¡Claro!

—Está bien, allá voy.

Udo hizo lo mismo que antes, pero esta vez le salió mal, porque yo logré esquivar su puño y le hundí el mío en el estómago.

No le dejé reaccionar, porque eso hubiera sido muy peligroso.

Le di un puñetazo en la cara y acto seguido le «tanteé» de nuevo el estómago. Udo bramó y se agarró las tripas.

Yo rematé la serie de golpes con otro puñetazo al rostro, y el matón se derrumbó.

—¡Maldito idiota! —rugió Hertha—. ¡Échale una mano, Otto! —ordenó al otro gorila. Otto, con toda la cara ensangrentada, y una nariz que parecía una patata desgraciada, se puso en pie y me atacó.

Udo también se incorporó.

Era lo que me faltaba, tener que pelear con los dos a la vez.

Y, por si fuera poco, allí estaba Hertha, apuntándome con la *Parabellum* de Udo. Si hubiera estado más cerca de mí...

Pero no, era imposible arrebatarle la pistola.

Me dispararía mucho antes de que yo consiguiese llegar hasta ella. A menos que...

Sí, no estaba mal lo que se me acababa de ocurrir. Podía dar resultado.

Mientras trataba de esquivar los puñetazos de Otto y Udo, me puse de espaldas a Hertha.

Entonces, dejé que Otto me cazara en el mentón.

Yo eché a correr hacia atrás, como los cangrejos, y cuando caí al suelo, la distancia que me separaba de la rubia había quedado reducida a la mitad.

Si repetía aquello, iría a parar a los pies de Hertha. Era lo que yo quería, naturalmente.

Me incorporé, fingiendo que ya casi no podía hacerlo. Otto y Udo venían hacia mí, con los puños apretados.

El segundo me soltó un tremendo derechazo, cuyos efectos me encargué de exagerar, para justificar mi caída a los pies de Hertha.

La rubia se apartó, para que no tropezara con ella.

Pero no se apartó lo suficiente como para evitar que mi pierna derecha, hábilmente disparada, golpeará las suyas y la hiciera caer estrepitosamente al suelo. Por desgracia, no perdió la *Parabellum*.

Yo me arrojé sobre Hertha, dispuesto a arrebatársela el arma antes de que la utilizara contra mí.

Ella, adivinándome la intención, lanzó la pistola a los pies de Otto y Udo.

Era la manera más segura de evitar que yo pudiera apoderarme de la *Parabellum*.

—¡Maldita! —rugí, cercándole el cuello con mi brazo derecho.

Udo, que ya había recogido su *Parabellum*, me apuntó con ella y ladró:

—¡Suelta a Hertha o disparo!

—¡Suelta tú la pistola, o le rompo el cuello a vuestra jefa! —amenacé a mi vez, presionando claramente el suave gaznate de la rubia con mi brazo.

CAPÍTULO X

Udo vaciló.

El y Otto se habían quedado muy quietos, a tan sólo unos tres metros de mí.

Hertha intentó zafarse de mi presa, pero no lo consiguió, porque yo la tenía bien cogida. Su cuerpo, además, me servía de escudo.

De ahí que Udo no se atreviera a disparar. Podía darle a Hertha.

Ésta chilló:

—¡Suéltame, hijo de perra!

—¡Ordénale a Udo que tire la pistola!

—¡No!

—¡Entonces te romperé el cuello!

—¡No te atreverás!

—¡Lo haré, te lo aseguro!

—¡Si me rompes el cuello, Udo te hará un relleno de plomo! ¡Y después matará también a la chica!

—¡Tú ya no vivirás para verlo, Hertha!

—¡No seas estúpido, Robert! ¡Sigo teniendo la sartén por el mango, aunque tú me tengas cogida del cuello!

—¡Te equivocas, zorra!

—¿Quieres que te lo demuestre?

—¡No estás en condiciones de demostrar nada!

—¡Verás si no! ¡Mata a la chica, Udo! —ordenó Hertha. El matón respingó.

—¿Que la mate?

—¡Eso he dicho!

—Está bien, tú mandas, Hertha.

Udo se volvió hacia Karen Morris, que había abandonado la protección de las rocas, creyendo que yo tenía dominada la

situación.

El gorila le apuntó al pecho.

Karen, paralizada por el pánico, no pudo dar ni un paso.

—¡Bob...! —chilló, haciendo un gallo con la voz. Yo tuve un fallo cardíaco.

—¡Quieto, Udo! —grité—. ¡Quieto o me cargo a Hertha! El matón titubeó de nuevo.

—¡No hagas caso, Udo! —habló nuevamente Hertha—. ¡Liquida a la chica, es una orden!

—De acuerdo, Hertha.

Vi que Udo empezaba a presionar el gatillo.

Karen seguía muy quieta, aunque le temblaba todo. Me miraba con ojos espantados.

Quiso pronunciar de nuevo mi nombre, pero no le salió la voz.

Yo no tuve más remedio que claudicar.

—¡Maldita sea! ¡Tú ganas, Hertha! —grité, soltándole el cuello.

—¡No dispaes, Udo! —ordenó la rubia, al verse libre.

El matón se volvió con rapidez y me apuntó a mí con su *Parabellum*.

—¡Lo conseguiste, Hertha! —dijo, eufórico.

—Yo siempre consigo lo que quiero —repuso ella, volviéndose hacia mí.

—¡Eres única, Hertha! —dijo Otto, que había pasado un mal rato.

—Y vosotros un par de estúpidos. No pudisteis con él, a pesar de su estado —rezongó la rubia—. ¡Aprended de mí! —añadió, soltándome un rodillazo entre los muslos.

Era donde más le gustaba golpear, a la muy perra.

Yo emití un aullido y me desplomé, rabiando de dolor.

Hertha le arrebató la *Parabellum* a Udo, con un rápido movimiento, y me atizó con ella en la cabeza.

El golpe, muy duro, me privó del sentido en el acto. En cierto modo, fue una suerte, porque dejé de sufrir.

* * *

Cuando recobré el conocimiento, me encontré de nuevo en la pequeña habitación en donde fuera golpeado y torturado la noche

anterior, atado a la misma silla y de la misma manera.

Esta vez, sin embargo, no estaba solo. Karen Morris estaba conmigo.

Y se encontraba en las mismas condiciones que yo. Atada a otra silla.

Frente a mí.

Tenía los ojos enrojecidos. Estaba claro que había llorado. Observé un momento a Hertha.

Se había puesto una bata sobre el descarado camisón, y la llevaba descuidadamente cerrada.

¿Descuidadamente... o deliberadamente?

Conociendo a Hertha, había que pensar en lo segundo.

Ella sabía que poseía un cuerpo tentador, y le gustaba exhibirlo siempre que tenía ocasión.

Junto a la rubia, flanqueándola, se encontraban Otto y Udo. Adiviné sus deseos de empezar a «trabajarme» de nuevo.

Otto, particularmente, se moría de ganas de cobrarse el duro rodillazo que le solté en plena cara. Su nariz ya no sangraba, pero se le había hinchado y deformado más, aparte de haber adquirido un tono oscuro que aún le afeaba más.

Pensé en mi nariz.

Seguro que Otto tenía planeado dejármela peor que la suya.

Sólo esperaba que Hertha diese la orden de empezar a golpearme y a torturarme de nuevo.

Y la rubia no tardaría en dar esa orden.

Yo ya estaba despierto, así que la segunda parte de la «fiesta» podía comenzar. Resignado a mi cochina suerte, miré de nuevo a la hija del senador Morris.

—¿Te han hecho daño, Karen?

—No —respondió ella, quedamente.

—Siento haberte fallado.

—Hiciste lo que pudiste. Incluso más de lo que podías.

—Estuve a punto de conseguirlo.

—Sí, casi lo lograste.

Vi que los ojos de la muchacha se humedecían.

Estaba terriblemente asustada, porque adivinaba lo que iba a suceder, como lo adivinaba yo.

Los golpes y la tortura serían para mí, pero ella tendría que

presenciarlo, lo que le haría sufrir tanto como yo. Por eso las lágrimas acudían a sus ojos.

Para mí también sería terrible saber que Karen presenciaba cómo me retorció y aullaba de dolor, mientras Otto y Udo se ensañaban conmigo.

Por eso la mala pécora de Hertha había decidido que Karen presenciara aquel segundo interrogatorio. Yo lo sabía, pero quise que ella me lo confirmara.

—¿Por qué está Karen aquí? —le pregunté.

—Por la misma razón que anoche te envié a pasar la noche con ella. Para que te alegres la vista, Robert —me respondió, con irónica sonrisa.

—No seas embustera, Hertha. Anoche me enviaste con ella para que le confesara que era un espía.

—Bueno, ésa fue otra de las razones, lo admito.

—Te falló el plan, porque no soy un espía.

—Lo eres, Robert. Un espía muy listo, pues sospechaste que había un micrófono escondido en la habitación, y sólo dijiste en voz alta lo que te convenía que nosotros escucháramos. Lo demás, se lo dijiste a Karen en voz muy baja y al oído, para que no pudiera ser captado por el micrófono.

—Estás equivocada, Hertha.

—No, no lo estoy, cariño. Tú eres muy listo, pero yo aún lo soy más. Por eso dejé que creyeras que me había tragado el cuento, y no te separé de la chica, aun sabiendo que intentarías rescatarla. Pero no me preocupaba demasiado, dado tu estado de debilidad. Debilidad que, por cierto, no era tan grande como yo pensaba. Tienes una envidiable capacidad de recuperación, Robert. Pero no te sirvió de mucho, porque yo había tomado mis precauciones. Una de ellas, fue ordenar a Otto que vaciara el cargador de su Luger, por si acaso conseguías sorprenderle y arrebatarle la pistola, como de hecho sucedió.

—Muy inteligente por tu parte, Hertha.

—Celebro que lo reconozcas, Robert. O como te llames realmente, que todavía no lo sé.

—Ése es mi verdadero nombre, te lo aseguro.

—Claro. Y no eres espía, ¿verdad?

—Exacto.

—Intentaste colarte en esta casa por equivocación.

—Así es.

—Claro, como hay tantas a su alrededor, es fácil confundirse — dijo Hertha, con ironía. Otto y Udo rieron.

Yo no dije nada.

Comprendía que la excusa era ridícula, pero la cosa ya no tenía remedio. Dije eso en su momento, sin meditarlo, y ahora no podía desmentirme a mí mismo.

De pronto, Hertha se puso seria y dijo:

—Bien, Robert, no quiero perder más tiempo contigo. ¿Estás dispuesto a hablar por las buenas, o prefieres que Otto y Udo se pongan a trabajar?

—No soy un espía, Hertha, y por mucho que tus gorilas me golpeen y me torturen, no conseguirán que...

—¡Basta! —rugió la rubia, dándome una furiosa bofetada. Yo guardé silencio.

Sabía cómo las gastaba Hertha, cuando se enfadaba, y la dura bofetada casi me pareció una caricia, comparado con los rodillazos o los pisotones que ella acostumbraba a dar en los genitales masculinos.

La rubia ordenó:

—¡Encended un par de cigarros!

Otto y Udo se apresuraron a obedecer. Y con mucho gusto, además.

CAPÍTULO XI

Mis ojos y los de Karen Morris se encontraron. Ella estaba muy pálida.

Yo hubiera querido decirle algo, pero no se me ocurrió nada.

Karen sentía pena por mí, y yo sentía pena por ella, porque los dos íbamos a sufrir, aunque de manera distinta.

Otto y Udo ya tenían los puros bien encendidos.

Sin esperar a que Hertha les ordenase aplicármelos, acercaron las brasas a mi torso desnudo, provocando una ligera contracción de mis músculos abdominales.

Karen cerró los ojos.

No quería ver cómo Otto y Udo me quemaban el pecho. Estaban a punto de aplicarme los cigarros, cuando Hertha dijo:

—Esperad un momento, muchachos.

Otto y Udo detuvieron el lento y angustioso avance de los puros encendidos, visiblemente contrariados.

Hertha añadió:

—Le dije al espía que Karen Morris estaba aquí para alegrarle la vista, y quiero demostrarle que era cierto.

Otto y Udo cambiaron una mirada, sin comprender. Tampoco yo comprendía las palabras de Hertha.

Ni Karen, que había abierto los ojos de nuevo. Hertha la miró y le sonrió extrañamente.

—No tienes inconveniente en alegrarle la vista al hombre que arriesgó su vida por salvarte, ¿verdad, guapita?

Karen no respondió, limitándose a mirarme. Hertha empezó a desabotonarle la blusa.

Karen respingó nerviosamente.

—¿Qué hace?

—Abrirte la blusa. ¿Es que no lo ves?

—¿Para qué?

—Para alegrarle la vista a Robert, ya te lo dije. Karen se agitó en la silla.

—¡Déjeme!

—Calla, tonta. Robert te lo agradecerá, ya verás. Yo intervine:

—¡Apártate de ella, Hertha!

—¿Qué pasa, no te apetece contemplar el busto de Karen...?

—¡Déjala en paz, te lo suplico!

—Lo siento, pero no voy a hacerte caso. Si a ti no te apetece contemplar el busto desnudo de Karen, a Otto y Udo sí les apetece. ¿No es cierto, muchachos...?

—¡Seguro! —exclamó Otto.

—¡Ya lo creo! —dijo Udo.

Ambos tenían los ojos clavados en la blusa de Karen, totalmente desabotonada ya. Hertha abrió la blusa de par en par y el pequeño sujetador blanco, de nylon transparente, quedó visible.

Karen seguía agitándose en la silla, aunque nada conseguía con ello.

Los ojos de Otto y Udo brillaban ya de sucio deseo, al vislumbrar las aureolas de los senos de la muchacha.

El sugestivo sujetador se abría por delante.

Hertha manipuló el cierre, con deliberada lentitud.

—¡No! —gritó Karen.

—¡Detente, arpía! —rugí yo.

Hertha no nos hizo caso a ninguno de los dos y abrió el sujetador, dejando totalmente al descubierto los preciosos senos de Karen, que temblaban, como toda su persona.

La rubia me miró.

—¿Te gustan, Robert?

—¡Maldita! —mascullé, con voz ronca de ira.

—Sí, ya veo que sí —rió Hertha—. Pero los míos te gustaron más, confíesalo. Los tengo más grandes y más tentadores.

—¡Vete al infierno, Hertha!

Mis insultos no irritaban a la rubia, que incluso gozaba con mis arrebatos de furia. Karen había enrojecido intensamente, y rehuía mi mirada.

Hertha quería llevar aún más lejos las cosas, y comenzó a

acariciar los senos de la hija del senador Morris.

—Te gustaría hacer esto, ¿eh, Robert?

—¡Perra asquerosa! —rugí, aun sabiendo que con este grave insulto podía ganarme un terrible pisotón entre los muslos.

No fue así, porque también Karen insultó a la rubia. Y más gravemente aún que yo.

—¡Cerda! ¡Puerca! ¡Lesbiana! ¡Marimacho! —le dijo, porque no podía soportar que una mujer le acariciase los pechos.

Hertha enrojeció de golpe, agarró del pelo a Karen, y comenzó a abofetearla, gritando:

—¡De lesbiana y de marimacho nada, monada! ¡A mí me gustan los hombres más que a ninguna otra mujer, y si tuviera que apuntar los nombres de todos los que se han acostado conmigo, formaría un librote más gordo que un listín telefónico!

Karen soportó la lluvia de bofetadas sin emitir un solo quejido, a pesar de que ya sangraba por los orificios de la nariz y por las comisuras de la boca.

—¡Basta ya, Hertha! —supliqué—. ¡Deja en paz a Karen y golpéame a mí! La rubia interrumpió el castigo y me miró.

—¿Golpearte a ti?

—¡Sí, di a tus gorilas que empiecen a torturarme y disfruta con mi sufrimiento! Hertha sonrió gélidamente.

—¿Sabes una cosa, Robert?

—¿Qué?

—He cambiado de idea. Otto y Udo no van a torturarte a ti, sino a ella. Las palabras de la rubia me produjeron un escalofrío.

También debió sentirlo Karen, a juzgar por su claro estremecimiento. Me miró, aterrorizada, aunque no pronunció palabra alguna.

Los labios le temblaban.

En realidad, toda ella era un puro temblor ahora. Hertha, con vengativa sonrisa, ordenó:

—¡Aplicadle los cigarros encendidos a la chica!

* * *

Otto y Udo avivaron las brasas de sus cigarros, con una serie de chupadas, y se dispusieron a cumplir la orden de Hertha.

Karen Morris se puso a chillar histéricamente.

—¡No...! ¡Por favor, no...! ¡No...! —suplicó agitándose con desesperación.

Yo también me agité en mi silla, luchando inútilmente contra la resistencia de las cuerdas que me tenían sujeto a ella.

—¡Quietos, bestias...! ¡No la queméis, salvajes...! ¡Aplicadme los cigarros a mí y dejarla en paz a ella!

Otto y Udo miraron un instante a Hertha, para ver si ella anulaba su orden anterior o les ratificaba la misma.

La rubia, que estaba gozando una barbaridad con mi angustia y con la de Karen, indicó:

—Aplicadles los cigarros en los pechos.

—¡Nooooo...! —chilló desgarradoramente Karen.

Otto y Udo sonrieron sádicamente y aproximaron lentamente las brasas de los puros a las cimas de los bellos senos de Karen Morris. Yo creí volverme loco de rabia, de ira y de impotencia.

—¡Alto, canallas! ¡No le queméis los pechos, bastardos! ¡No lo hagáis u os juro que...! Hertha tocó el hombro de Udo.

—Un segundo, muchachos —dijo, mirándome a mí.

Otto y Udo frenaron el avance de las brasas de los cigarros, que se encontraban ya a unos pocos centímetros de los estremecidos senos de Karen.

Hertha me preguntó:

—¿Estás dispuesto a hablar, Robert? Yo, sin dudarlo un segundo, respondí:

—¡Sí!

* * *

Karen Morris respiraba agitadamente, la cara y el pecho brillante de sudor, a causa de sus continuas y violentas contorsiones, de su pánico, de su histerismo.

Afortunadamente, el inminente peligro de la aplicación de los cigarros encendidos en sus pechos desnudos había desaparecido, al responder yo afirmativamente a la pregunta que me había hecho la malvada Hertha.

La rubia había ordenado a sus gorilas que retirasen los puros y ella personalmente se encargó de cerrar la blusa de Karen, si bien

no se molestó en abotonarla.

Otto y Udo estaban contrariados, porque les encantaba torturar a la gente, y era la segunda vez en sólo unos minutos que Hertha les impedía aplicar los cigarros encendidos. Primero a mí, y luego a Karen.

El hecho de que la rubia cerrase la blusa de la muchacha, aún les contrarió más, porque no podían seguir deleitándose con la visión de los hermosos senos de Karen.

Eran así de cerdos. Hertha dijo:

—Confiesa que eres un espía, cariño.

—Lo soy, aunque no profesional.

—¿Eh?

—Es la verdad, Hertha. Soy un espía aficionado. La rubia se enfadó.

—¡No me vengas con gaitas u ordeno a Otto y Udo que empiecen con la chica! —amenazó, abriendo de nuevo la blusa de Karen.

—Te juro que es cierto, Hertha. Sólo soy espía por afición. Y mi afición al espionaje se debe a que escribo novelas precisamente de eso, de espionaje.

Hertha parpadeó.

—¿Novelas...? ¿Que tú escribes novelas de espionaje...?

—Sí, soy escritor. Y ése es el género que cultivo, el que más me gusta, el que realmente me apasiona.

—Tu nombre no me suena de nada.

—Lógico, porque publico mis obras bajo el seudónimo de «James Carson».

—¿Por qué?

—Suena mejor.

—Tampoco he oído hablar de James Carson.

—Bueno, es que todavía no soy un autor famoso. Pero todo se andará.

—¡Yo he leído novelas tuyas, Bob! —exclamó Karen.

—¿De veras? —me alegré.

—¡Sí, varias!

—¿Y te gustaron...?

—¡Oh, sí, mucho! ¡Todas eran muy interesantes y muy divertidas!

—Gracias, muy amable.

—¡Silencio! —ordenó Hertha, soltándole un cachete a Karen. La hija del senador Morris guardó silencio.

Hertha le cerró nuevamente la blusa y se encaró conmigo, con severa expresión.

—Sospecho que me estás tomando el pelo, Robert.

—Juro por lo más sagrado que cuanto he dicho es verdad, Hertha. Soy escritor, y antes de empezar a escribir una novela, suelo venir por estos parajes solitarios y tranquilos. Aquí puedo pensar sin que nadie me moleste, y esbozar la historia que luego desarrollo en mi despacho, sentado frente a la máquina de escribir. Desde lo alto de la colina, en la que me hallaba tumbado, vi llegar un coche. Eran Otto y Udo, y traían a Karen. Me di cuenta enseguida de que la muchacha tenía problemas, y no dudé en echarle una mano. Mi afición al espionaje, ya lo he explicado antes. Esperé a que anoheciera y...

—¿El nombre de tu editorial? —preguntó Hertha, interrumpiéndome. Se lo di sin dudar.

—Está bien, Robert. No tardaré en averiguar si has dicho la verdad. Y como me hayas largado un cuento, pobre de ti. Y pobre de la chica, también.

CAPÍTULO XII

Hertha y sus matones habían abandonado la pequeña habitación, cuya puerta cerraron por fuera.

Aquella puerta, muy gruesa, no se cerraba con llave, sino corriendo un cerrojo de varios centímetros de grosor.

Allí no había ganzúa que valiese, ni improvisada con un trozo de alambre ni auténtica. O abría alguien la puerta desde fuera, o no había Dios que saliese de aquel cuartucho.

Por eso Hertha y sus gorilas se habían ido tan tranquilos.

Sabían que, cuando volviesen, nos encontrarían allí. Nos tenían tan seguros como en una caja fuerte. Karen Morris me estaba mirando, pero yo no me daba cuenta, porque tenía los ojos fijos en la sólida puerta.

—Bob...

Yo me olvidé de la puerta y del maldito cerrojo, y miré a la hija del senador Morris.

—¿Sí, Karen?

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por haber evitado que Otto y Udo me quemasen con los cigarros.

—Son dos desalmados.

—Hertha aún es peor que ellos.

—Estoy completamente de acuerdo. Por fuera está muy buena, pero su corazón no puede ser más duro ni su alma más negra. Es una serpiente venenosa con apariencia de mujer.

—Fueron unos minutos espantosos.

—También lo fueron para mí, Karen. Ver que esos canallas iban a quemarte los pechos, y no poder hacer nada por impedirlo... No

lo pasé tan mal cuando me aplicaron a mí los cigarros en los hombros, te lo aseguro.

Ella esbozó una sonrisa.

—Te creo, Bob.

—¿Tienes ahora mejor concepto de mí?

—¿Por qué dices eso?

—Bueno, cuando estábamos entre las rocas, me llamaste rata asquerosa... Y gusano, también.

Karen enrojeció ligeramente.

—Me engañaste, Bob.

—¿De verdad creíste que iba a venderte a Hertha y sus gorilas...?

—Sí, lo creí. Representabas tan bien tu papel... Por eso pujé con Hertha y accedí a acostarme contigo.

No pude reprimir una carcajada.

—¿Por qué te ríes? —me preguntó Karen.

—Por lo de acostarte conmigo.

—Pues lo hubiera hecho. Te di mi palabra, y eso para mí es sagrado.

—Yo no lo hubiera permitido.

—¿Ya no deseas acostarte conmigo?

—Sí, pero nunca lo haré.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque tú no me dejarás. Y, en el supuesto de que estuvieras de acuerdo, que no lo estarás, yo tendría que rechazarte, porque no puedo llevarme a la cama a la hija del senador Morris.

—Entonces, todo eso de que me ibas a desnudar completamente, entre besos y caricias...

—Soñaba despierto.

—Ya.

Yo di un giro a nuestra conversación, preguntando:

—¿Cuál de mis novelas te gustó más, Karen?

—¿Qué?

—Pregunto qué cuál de mis novelas te gustó más. Karen abrió la boca, realmente desconcertada.

—¿Quieres decir que era cierto todo lo que...?

—¿Es que tú no lo creíste, Karen?

—No, pensé que era invención tuya, para ganar tiempo, y apoyé tu historia diciendo que había leído varias novelas tuyas.

—Pues te equivocaste, guapa. James Carson existe. Y soy yo. Y si no has leído ninguna de mis novelas, lo siento por ti.

Karen se mordió los labios.

—Discúlpame, Bob. Si salimos de ésta, lo cual veo muy difícil, prometo leer todas las novelas que has publicado bajo el seudónimo de James Carson.

—Como haciéndome un favor, ¿eh?

—No, tengo interés en leer tus novelas de espionaje.

—Después de todo lo que nos está pasando, me encantarán. Yo sonreí ligeramente.

—Sí, la verdad es que estamos viviendo una aventura que no tiene nada que envidiar a las que yo narro en mis novelas. Ésas me las invento, pero ésta es real.

Si logramos salir con vida, todo lo que nos ha pasado se convertirá en una novela, Y será mi mejor novela, porque no tendré que inventar nada. He sufrido la tortura en mis propias carnes, y no tendré que imaginar lo que se siente cuando a uno le aplican cigarros encendidos en los hombros, le aprietan brutalmente los huesos, le retuercen las manos, le machacan los genitales... Tampoco tendré que imaginarlo que se siente cuando uno ve que van a quemarle los pechos a la chica que...

—¿A la chica que...? —repitió Karen mis últimas palabras, al ver que yo me interrumpía.

—Nada, olvídalo.

—¿Qué ibas a decir, Bob?

—He dicho que lo olvidas.

—No te habrás enamorado de mí, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Un modesto escritor, que todavía sueña con alcanzar la fama, no puede enamorarse de la hija de todo un senador, que además es millonario.

—No estoy de acuerdo.

—¿No?

—El amor, el verdadero amor, está por encima de todo eso, Bob. Un escritor, aunque sea modesto, puede enamorarse de la hija de un senador millonario, lo mismo que la hija de un senador millonario puede enamorarse de un escritor modesto.

—¿Intentas decirme que tú...?

—No intento decirte nada Si tú no me quieres, yo tampoco tengo por qué quererte a ti. ¿Está claro?

—Muy claro.

—Pues cambiemos de tema, entonces. ¿Crees que tenemos alguna posibilidad de escapar de aquí?

—Mientras sigamos atados a nuestras respectivas sillas, ninguna.

—¿Cómo podríamos desatarnos, Bob?

—Tendríamos que colocarnos espalda contra espalda. Y no será fácil, teniendo las piernas atadas a las patas delanteras de las sillas.

—Intentémoslo, Bob. Quizá, dando saltitos... Yo peso poco, creo que podré desplazarme poco a poco con silla y todo.

—De acuerdo, probemos.

Empezamos los dos a dar pequeños saltos, tratando de aproximarnos el uno al otro. A Karen, debido a su menor peso, le resultó más fácil que a mí avanzar con su silla. De pronto, yo me quedé muy quieto.

A causa de los saltos, la blusa de Karen se había abierto, y yo podía ver cómo saltaban también sus maravillosos senos.

La joven, que no se había dado cuenta de que sus pechos estaban nuevamente visibles, preguntó:

—¿Qué miras, Bob?

—Lo que tú me enseñas.

Karen se miró el pecho y descubrió que sus senos estaban al aire.

—¡Se me ha abierto la blusa! —exclamó, enrojeciendo.

—Sí, eso parece.

—¡Mira hacia otro sitio, sinvergüenza!

—Si no quieres que contemple tus armoniosos senos, ciérrate la blusa.

—¡No puedo, y tú lo sabes! ¡Tengo las manos atadas!

—Es una suerte para mí.

—¡Si no apartas la mirada de mi busto, no doy ni un salto más!

—Si tú no saltas, ellos tampoco.

—¿Cómo?

Yo me eché a reír.

—Olvídalo, era sólo una broma —dije, apartando mis ojos de los erguidos senos de Karen.

Reanudé los saltos y ella hizo lo propio, sin dejar de vigilarme.

De poco le sirvió, porque yo la miraba por el rabillo del ojo, y no pudo descubrirme.

Con gran esfuerzo por parte de los dos, conseguimos que nuestras sillas quedasen respaldo contra respaldo, lo que me permitió empezar a trabajar con las cuerdas que sujetaban a Karen.

Desatarla me llevó sólo unos minutos.

Karen, en cuanto tuvo las manos libres, se desató las piernas y pudo levantarse de la silla.

—¡Estoy libre, Bob! —exclamó sin poderlo creer.

—¡Desátame a mí, rápido!

—Espera que me abotone la blusa.

—¡No lo hagas!

—Quieres que siga con los pechos al aire, ¿eh?

—No digas tonterías. Puedes cerrarte la blusa, pero no pases los botones ni te abroches el sujetador.

—¿Por qué?

—En cuanto me hayas desatado, colocaremos las sillas donde estaban antes y fingiremos seguir atados a ellas. La única posibilidad que tenemos de salir de esta pequeña habitación, es sorprender a Hertha y sus gorilas cuando vuelvan. Esa puerta sólo se puede abrir desde fuera, y es demasiado fuerte para derribarla. Armaríamos demasiado ruido, además, y lo echaríamos todo a perder.

Karen comprendió que yo tenía razón.

—Está bien, Bob —dijo, y procedió a desatarme.

CAPÍTULO XIII

Yo ya tenía las manos libres y podía separar la espalda del respaldo de la silla. Karen, arrodillada delante de mí, procedía ahora a desatarme las piernas.

Cuando acabó, hizo ademán de erguirse, pero yo le puse las manos sobre los hombros y se lo impedí.

—Espera un momento, Karen.

—¿Qué quieres?

—Darte un beso.

—¿Sólo eso?

—¿Qué más podría desear?

—Sospecho que acariciar mis pechos desnudos.

—No se me había ocurrido, pero ya que lo dices... —Sonreí, acercando mi mano derecha a su entreabierta blusa.

Karen me cazó la mano antes de que lograra su objetivo.

—Tendrás que conformarte con el beso, Bob.

—Está bien, me conformaré —suspiré, y la besé en los labios.

A los pocos segundos de que mi boca entrara en contacto con la suya, noté que la mano de Karen aflojaba la presión que ejercía sobre la mía.

Era una manera muy sutil de decirme que podía hacer con ella lo que quisiera. Y yo lo hice, claro.

Karen, efectivamente, no protestó cuando mi mano acarició sus cálidos senos, porque anhelaba sentirla allí, sobre su busto desnudo.

Yo interrumpí el beso y la miré a los ojos.

—Te quiero, Karen.

—Yo también te quiero, Bob —me confesó ella. La besé de nuevo, con muchas ganas, y luego dije:

—No debemos perder más tiempo, Karen. Hertha y sus matones

pueden aparecer de un momento a otro, y debemos estar preparados para sorprenderles.

—Sí, pongamos las sillas donde estaban.

Lo hicimos y luego yo até a Karen a su silla, aunque muy flojo, para que llegado el momento pudiera soltarse con facilidad. Después, me até a mí mismo a mi silla, lo cual resultó un poco más difícil, y quedamos los dos a la espera del regreso de Hertha y sus gorilas.

* * *

No tuvimos que esperar mucho. Unos diez minutos, apenas.

Olmos descorrer el grueso cerrojo y la puerta se abrió, dando paso a Otto, que esgrimía su Luger, y seguro que esta vez sí tenía balas en su cargador. El matón cerró la puerta y nos observó a los dos.

Yo me alegré de que Otto hubiese venido solo, porque eso favorecería nuestros planes de fuga.

—¿Ha comprobado ya Hertha que dije la verdad? —pregunté.

—Sí, llamó a la editorial y le confirmaron que James Carson es el seudónimo de Robert Dale.

—Menos mal.

—No te alegres demasiado, escritor. Tu final será el mismo.

—Habéis decidido matarme, ¿eh?

—Sí, los dos vais a morir. Es la mejor de asegurarse de que no daréis pistas a la policía que puedan servir para nuestra detención. Lo comprendes, ¿verdad?

—Claro.

—Udo y yo nos vengaremos de ti antes de liquidarte, Dale.

—Lo supongo.

—En cuanto a la chica... —Otto clavó sus ojos en Karen—. Hertha nos autorizará a que nos divirtamos un poco con ella, antes de asesinarla.

Karen se estremeció claramente.

—Canallas... —murmuró.

Otto estiró el brazo derecho y abrió la blusa de la muchacha con el cañón de su Luger.

—Tenía ganas de contemplar su precioso busto de nuevo, nena

—dijo, comiéndose con los ojos los senos desnudos de Karen.

—¡Cerdo! —Le insultó ella.

—Puedes llamarme lo que quieras —rió el matón, y comenzó a toquetear los pechos de Karen con su mano izquierda.

La muchacha me miró, pidiéndome con los ojos que interviniera, porque ella no podía soportar aquello.

Era arriesgado intentar sorprender a Otto en aquel momento, porque parecía que me vigilaba. Incluso me apuntaba con su pistola, como si temiera que fuera a levantarme de la silla y saltase sobre él.

Debían de ser figuraciones mías, porque el matón ignoraba que Karen y yo habíamos conseguido soltarnos.

Afortunadamente, Otto no se conformó con toquetear los senos de Karen, y se inclinó para besuquearlos y mordisquearlos, con lo cual ya no pudo seguir vigilándome.

Karen chilló al sentir el asqueroso contacto de la boca de Otto en su busto desnudo.

—¡Bob...!

Yo me libré en un segundo de las cuerdas y salté de la silla, cayendo sobre el matón, al que derribé aparatosamente.

Por suerte, Otto dejó escapar la Luger en su caída.

Intentó recuperarla con rapidez, pero yo le asesté un feroz puñetazo en plena boca, llenándosela de sangre y de dientes sueltos.

Otto, naturalmente, se olvidó de su pistola. Yo no me olvidé.

La empujé velozmente y le saqué el cargador.

Quería asegurarme de que tenía balas. Y así era.

El cargador estaba al completo. De repente, Karen chilló:

—¡Cuidado, Bob...! Miré al instante a Otto.

Había sacado una navaja de resorte, y pretendía clavármela en el vientre.

Yo le apunté como una centella con la Luger y apreté el gatillo un par de veces.

Otto lanzó un alarido de muerte al recibir ambos impactos en el pecho y soltó la navaja en el acto.

Karen se había librado ya de las cuerdas. La cogí de la mano y tiré de ella.

—¡Deprisa, Karen! ¡Hertha y Udo deben de haber oído los disparos!

—¡Corramos, Bob!

Abrí la puerta y salimos de la pequeña habitación.

Karen no había tenido tiempo de abrocharse el sujetador. Y, menos aún, de abotonarse la blusa.

Pero no parecía importarle.

Sabía que su vida y la mía estaban en juego, y eso era mucho más importante que cubrir sus bonitos senos.

Los disparos, como ya suponía, habían sido escuchados por Hertha y Udo, que ya venían corriendo hacia la pequeña habitación.

Nos tropezamos inevitablemente con ellos.

Udo empuñaba su *Parabellum*, y disparó sobre nosotros en cuanto nos vio. Por fortuna, yo le di al gatillo primero.

Efectué tres disparos, y dos de ellos alcanzaron a Udo. El matón se derrumbó, aullando, y perdió su arma.

Hertha no intentó recoger la *Parabellum* de Udo, porque yo le estaba apuntando con la Luger.

—Se acabó, Hertha —dije—. Otto está muerto, y Udo se reunirá muy pronto con él.

—Quizá sea mejor así —respondió sorprendentemente la rubia, que no parecía demasiado asustada.

Yo entrecerré un ojo.

—¿Qué quieres decir?

—Otto y Udo eran un par de inútiles. No se podía confiar en ellos, fallaban más de la cuenta. En cambio; tú...

—¿Qué estás tramando, Hertha?

—Nuestra unión, Robert.

—¿Unión...?

—Sí, quiero que nos asociemos. Juntos podemos lograr grandes cosas.

—¡No le hagas caso, Bob! —gritó Karen, temiendo que la rubia me convenciera.

Y no sólo con sus palabras, sino con sus encantos, pues Hertha se estaba soltando el cinturón de la bata.

—Calla, déjala hablar —rogué a Karen.

—¡No quiere hablar, quiere quedarse en cueros!

—Es muy dueña.

—¡Bob! —gritó Karen, furiosa.

—Cállate, por favor.

Hertha ya tenía la bata abierta de par en par.

Con lasciva sonrisa, se desgarró el camisón de arriba abajo.

Y, no satisfecha con ello, se arrancó también el minúsculo pantaloncito que hacía juego con el camisón.

—¡Te lo dije! —rugió Karen, más furiosa aún que antes—. ¡Esta zorra quiere embaucarte!

—Eso parece —murmuré, contemplando la total desnudez de la rubia.

Hertha echó los brazos atrás, como si fuera a despojarse de la bata, pero lo que realmente hizo fue extraer el pequeño revólver calibre 38 que llevaba en el bolsillo derecho de la bata.

Yo, que no estaba tan absorto contemplando la desnudez de la rubia como aparentaba, vi asomar el arma y disparé sin dudar.

Hertha también disparó, pero para entonces ya tenía una bala alojada entre seno y seno, y eso la hizo fallar.

La rubia se desplomó, con el pecho ensangrentado.

Se agitó unos segundos en el suelo, emitiendo roncosp gemidos. Después quedó inmóvil.

Por la expresión de su cara, horrible, supe que había muerto.

EPÍLOGO

La ciudad de San Francisco ignoraba que la hija del senador Morris había sido secuestrada, y no se enteró tampoco de que yo me había encargado de rescatarla.

Nadie sabía lo sucedido en la solitaria casa escogida por Hertha y sus gorilas para mantener oculta a Karen Morris, excepto la policía, que había prometido al senador Morris guardar el asunto en el más absoluto secreto.

No, no había sido idea del senador Morris lo de mantener en secreto todo lo sucedido, sino mía, pues no quería publicidad alguna. Había matado a tres personas, y aunque fue en defensa propia, no quería quedar marcado para siempre por algo tan desagradable.

El senador Morris comprendió mis razones y me hizo ese favor, aunque, en su opinión, dar publicidad a lo que había hecho por Karen me hubiera beneficiado mucho, pues se me hubiera conocido en todo el país y mis novelas se venderían como rosquillas.

Edward Morris tenía razón, pero yo no deseaba que la gente comprara mis novelas sólo porque yo me había jugado el pellejo intentando rescatar a Karen. Eso me hubiera proporcionado dinero, mucho dinero, pero ninguna satisfacción como escritor.

Un autor debe ganarse lectores exclusivamente con sus novelas, no de otra manera. Era mi forma de pensar, y nadie iba a hacerme cambiar de idea.

En mi próxima novela, que ya había empezado a escribir, narraría todo lo sucedido en aquella solitaria casa, aunque cambiando los nombres de los personajes, claro. Tenía que parecer ficción. Una historia más inventada por mí.

Y tenía que ser la mejor.

Le estaba dando con ganas a la máquina de escribir, cuando sonó el timbre de mi apartamento.

No me molestó tener que interrumpir mi trabajo, porque sospechaba que era Karen Morris la que llamaba. Salí de mi despacho y acudí a abrir.

Era ella, sí.

Y la encontré más bonita y más deseable que nunca.

—Hola, Bob.

—Hola, Karen.

—¿No vas a darme un beso?

—En cuanto entres.

Karen entró en mi apartamento.

Yo cerré la puerta, la enlacé por el talle, y la besé. Ella me rodeó el cuello con sus brazos y preguntó:

—¿Cómo va tu novela, Bob?

—No puede ir mejor.

—Me alegro.

—Será un éxito, ya verás.

—¿Cómo acabará?

—Como acabó la historia en la realidad. No quiero añadir ni quitar nada.

—Pues yo quiero que acabe en boda.

—La historia no acabó así en la realidad...

—Pero puede acabar, si tú quieres.

—¿Has hablado con tu padre de...?

—Sí.

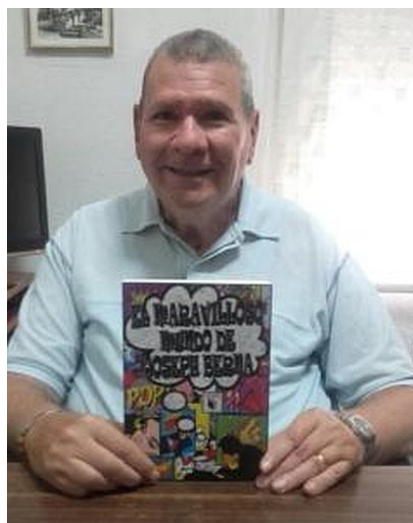
—¿Y qué dijo?

—Que si estoy viva es gracias a ti, y que por eso eres el hombre que más derecho tiene a quedarse conmigo para siempre.

—Pues si tu padre dice eso, no seré yo quien se lo discuta —respondí, y besé de nuevo los apetecibles labios de Karen Morris, que me hizo pasar la noche más feliz de toda mi vida.

Sí, porque yo ya estaba totalmente recuperado de...

Bueno, de lo que precisaba estar recuperado para poder llevarme a la cama a la hija del senador Morris, mi futuro suegro.



Joseph Berna nació en Xàtiva (Valencia), España en 1946.

Joseph Berna es el seudónimo utilizados por José Luis Bernabeu López, uno de los escritores más prolíficos, junto a nombres como Clark Carrados, Lou Carrigan o Curtis Garland, de las ya legendarias novelas baratas de Bruguera, historias pulp de leer y tirar que con sus tramas formulistas, narraciones llenas de ritmo, personajes estereotipados, lenguaje sencillo y recurrente, tramas de terror o ciencia-ficción, con dosis de erotismo y humor, logran con eficacia su digno objetivo escapista.

Cursa sus primeros estudios en el colegio «La Ferroviaria», del que guarda un grato recuerdo de su profesora «Doña Consuelo» que le apodó con el nombre de «Tragalibretas» debido a la rapidez con que las terminaba y lo poco que le duraban los trabajos. Más tarde ingresa en el instituto «José de Rivera» donde cursa bachillerato, en esta época se traslada a vivir a Elche para un poco después ya con dieciséis años residir definitivamente en Valencia.

Entre sus múltiples relatos, editados en los años 70 por Bruguera y más tarde, como Bolsilibros, por Ediciones B, aparecen títulos como «Seis cadáveres en potencia», «El reino de los seres de hielo», «La mansión de los mil y un horrores», «El coleccionista de seres», «El

terror cayó del cielo» o «El planeta robotizado».